

RELATOS BREVES

EL FIN DE LA GUERRA

Relato corto publicado en *Los Contemporáneos* el 18 de septiembre de 1919 -año XI, n° 559 ("número extraordinario")-, revista dirigida por Augusto Martínez Olmedilla e impresa por Alrededor del Mundo.

Bajo la originaria denominación de *novela*, firmada por Carmen de Burgos (Colombine), nos encontramos un cuento literario cuya estética realista permite que se le pueda hallar también cierto valor histórico, ya que la relación amorosa de sus protagonistas está ambientada en la Suiza de la I Guerra Mundial. Este enclave geográfico es utilizado por Carmen de Burgos para sintetizar la situación sociopolítica en la Europa de la Gran Guerra, y aludir, a propósito de la historia que cuenta, a otros temas colaterales, como la cultura sefardí en Alemania y la revolución rusa.

El fin de la guerra

I

Se dejaba sentir sobre Lausanne un ambiente de tormenta. El viento, abatiéndose de lo alto, movía el ramaje de los árboles, que producía un sonoro rumor de hojas, semejante a un prolongado *frou frou* de moaré.

El cielo estaba entoldado con ligeras nubes tenues que avanzaban de la costa francesa, donde se apoyaba el fondo oscuro, espeso, de profundidades misteriosas, en las que se adivinan el rayo y el agua.

El lago, tan apacible y claro generalmente, se había tornado plumizo, como si reprodujese en su espejo al cielo, se rizaba su superficie -en ondulaciones peligrosas, formando altozanos y profundidades, capaces de hacer zozobrar a las barquillas-, y venía a estrellarse con una furia cómica contra los muros y las piedras de la orilla, con sus olas de espuma tenue.

Adolfo y Sonia¹³ miraban detrás de los cristales de su habitación el espectáculo de la naturaleza, con ese interés que la naturaleza despierta en Suiza, donde es muy superior a las ciudades.

Desde aquella ventana de la pensión de Ouchy se descubría todo el espectáculo maravilloso del lago Lemán, bordeado de la guirnalda de ciudades y de montañas. Toda aquella orilla de chalés enflorados, entre jardines y árboles seculares que matizaban el paisaje con toda la gama

13. En el texto editado en *Los Contemporáneos* figura en este párrafo el nombre de Ester, aunque es muy probable que se trate de una errata, pues seguidamente y hasta el final del relato la protagonista femenina recibe el nombre de Sonia.

del verde; desde el verde metálico del bronce, hasta el verdinegro y el verdegay.

Experimentaban una ligera complacencia con la novedad que la tormenta había puesto en el paisaje aquel, cuya apacible monotonía, contemplada año tras año, había acabado por hacerse insoportable.

Era la guerra la que les había empujado hacia allí, la que les había hecho encontrarse y unir sus suertes, en aquella tierra desconocida donde se sentían solos y perdidos.

* * *

Adolfo era español y Sonia era rusa. Hija única y poseedora de una gran fortuna en tierras y fábricas, había ido con su madre a Suiza, atraída por su fama de sanatorio. El país de los grandes hoteles y de los apacibles chalés las había seducido al principio. Habían gozado la vida perezosa, que tiene su aliciente en la novedad que el recorrer los parajes marcados en la guía les proporcionaba. Se disponían ya a volver a Odesa, cuando estalló la guerra. ¿Cómo realizar el viaje a Rusia? Ofrecía demasiados peligros para que pudiesen aventurarse a hacerlo dos mujeres solas. La madre se preocupó entonces de hacer un balance de su dinero, cosa que no se le había ocurrido jamás. Para ella el dinero había sido siempre como una cosa que fluía de un manantial inagotable, del cual tenía la llave aquel viejo y fiel administrador, hijo de antiguos siervos, en el que había depositado toda la confianza su difunto esposo. Con la cantidad de rublos que tenía en el banco suizo bien podía vivir un par de años.

-Y no es posible que dure tanto la guerra -dijeron las dos.

-Indudablemente se hará la paz.

¡La paz! Era ya la aspiración de todos desde el primer día de la guerra. Esperando la paz se combatía cada día con más ardor y más crueldad. La guerra se extendía como si una tea poderosa prendiera su llama en un reguero de pólvora; y las naciones iban una a una precipitándose en la hoguera.

Pasados los primeros meses de ansiedad, en los que todo era deseo de saber noticias, devorando los periódicos y acudiendo a leer los partes de los transparentes, se había apoderado de todos una especie de indiferen-

cia: la enfermedad aguda de la guerra adquiría cronicidad; la terrible epidemia se hacía endémica, se acostumbraban a ella. Sin darse cuenta se vivía una vida nueva engendrada en las trincheras.

Quizás era en Suiza donde más repercutía el eco del estado civil creado por los combates. Enclavada entre las naciones beligerantes, sin salida al mar, la situación de la república federada se hacía difícil. Sobre sus simpatías, que se indicaban francamente en su división -Suiza Italiana, Suiza Alemana, Suiza Francesa-, estaba el interés de la federación, que deseaba conservar una neutralidad perfecta, aunque sin olvidar que el *puerto suizo* era el puerto francés de Cette.

Poco a poco se iba haciendo la vida más difícil. Cada día había que imponer una nueva prohibición. Suiza se entristecía. El gran sanatorio, el país de los sports, se convertía en un gran refugio. Acudían allí los millonarios de todos los países, los que escapaban huyendo de la desolación de Rusia, Austria, Alemania, Polonia, Grecia, Francia, Italia y parte de España y de América.

A los millonarios siguieron los príncipes. Los pueblos, enseñados por la guerra, exasperados por el hambre, hacían experimentar a los jefes de Estado el inmenso peligro que existe en enseñar a los hombres a matar hombres dentro de la legalidad para lograr el triunfo por la fuerza. Los tronos que parecían más seguros se bamboleaban... caían familias imperiales. Reyes, príncipes y emperatrices se refugiaban en Suiza, acogién-dose a la protección de aquella democracia igualatoria que los convertía en simples ciudadanos, sujetos a las leyes comunes, sin enojosos privilegios. Suiza era para todos el país libertador donde podían sentirse más seguros, más sin temores. Los prisioneros franceses o alemanes que lograban escapar de los campos de concentración caminaban a refugiarse en Suiza a pesar de la vigilancia de las fronteras. Allí había una doble población de internados, a cuyo alrededor acudían las familias doloridas. Suiza tenía que cerrar sus fronteras para prohibir la entrada de las gentes que no tenían nada que hacer allí, de los mismos a los que antes se cuidaba de atraer haciendo esos folletitos, en forma de tríptico, con sus cromos atractivos y sus descripciones no menos coloristas.

Igualmente las cerraba para la salida. Se veía que dominaba de un modo omnímodo la influencia francesa. ¡Todo menos disgustar a Francia! Era preciso estar alerta contra el ejército de espías que pululaba por todas partes. Había espías de todos los países. Allí se sabían las noticias antes que en ninguna parte, el espionaje tenía un gran interés; y en

cada uno de los habitantes había como una expectación que los hacía sospechosos de espionaje para consigo mismos. Se sentía en todas partes el aliento de los espías, y las gentes desconfiaban unas de otras. Nadie se atrevía a hablar o saludar a un desconocido. Nadie hacía a otro un ligero favor o una atención; se recelaba del amigo, se veía en toda mujer un instrumento policíaco; nadie hablaba en voz alta en los hoteles, ni en las casas, ni en la calle; en los cafés, en los trenes, reinaba un silencio de muerte, temiendo que una palabra, una frase, pudiese parecer sospechosa.

Se habían sufrido los terribles inviernos sin calefacción. Se habían tenido que suprimir trenes y hacer cesar -por falta de carbón- la navegación de los lagos. Todo estaba reglamentado, racionado de una manera severísima. Cartas de pan para consumir sólo 250 gramos al día, cartas de queso, cartas de grasa, 2 gramos y medio; cartas de manteca, 15 gramos, cartas de azúcar -que se hacía imposible encontrar- habiendo que recurrir a la sacarina. Era un continuo ir y venir a la alcaldía o a las oficinas de policía para cumplir con tantos mandatos.

Pasados los dos primeros años de guerra, la madre de Sonia vio con terror cuánto habían disminuido sus fondos, a pesar de haber recibido muy irregularmente nuevos envíos de su administrador. Fue preciso pasar del hotel de primer orden, donde nada se echaba de menos, pues con buenas propinas podía burlarse la vigilancia, al hotel modesto, donde se carecía de comodidad.

Llenas de inquietud y de zozobra veían que ya no recibían contestación a sus cartas. ¿Qué habría sido de su fortuna? ¿Qué le sucedía al administrador? La pobre señora enflaquecía y se desmejoraba visiblemente, a pesar de los esfuerzos de Sonia para cuidarla y distraerla. Débil y enferma, fue una de las primeras víctimas de la *gripe española*. Sonia se quedó sola, en aquel país extranjero, que seguía siendo extranjero para ella, porque era país donde no se hacían amistades. Vestida de negro, con su gran velo flotante, Sonia vagaba continuamente a orillas del lago, sin saber qué hacer ni qué pensar. Se sentía vivir y se dejaba vivir... consumiendo de día en día su dinero y sin pensar qué iba a suceder después.

Así la conoció Adolfo. Él había ido a Suiza por curiosidad de acercarse a los países beligerantes. Lo había engañado también Suiza, y después de pasar su frontera se sintió cogido en la trampa, de la que no podía salir. Él no se daba cuenta de por qué se le negaba el pasaporte para vol-

ver a España. Era una cosa arbitraria que debía obedecer a una equivocación y contra la cual reclamaba continuamente a la Legación de España sin cansarse de escribir a Madrid, al Ministerio, a sus conocimientos. Era imposible salir de allí. Sin duda se le tenía por sospechoso de *algo*, sin que se supiera en qué consistía ese *algo*. Sin duda alguna relación imprudente con alguna artista o algún amigo tachado de espión.

Una tarde en que se paseaba a orilla del lago, encontró a Sonia, que le cautivó con su silueta enlutada. Su fantasía vio en ella una de esas viudas de la guerra, viuda de hombre sano, que parece ofrecer en sus amores el atractivo de una infidelidad.

La frecuencia de verse les hizo saludarse, y a veces cambiaron algunas palabras de cortesía.

-Es una francesa con tipo de española -pensaba él notando en Sonia ese aire gracioso, ondulante, tan lejos de la rigidez de las extranjeras, que es característico de las españolas.

-Me parece un compatriota -pensó ella ante el tipo moreno, los ojos negros y la mediana estatura de Adolfo.

Una tarde él le preguntó de dónde era.

-Rusa, ¿y usted?

-Español.

Después de esta revelación hubo un largo rato de silencio.

Los dos se miraban como si se vieses por primera vez bajo el influjo de las palabras mágicas.

¡Rusa! ¡Español! Eran las leyendas de dos pueblos que influían sobre ellos. Sonia tenía la visión de un pueblo pintoresco. Hombres decididos, de honor inquebrantable, capaces de dar la vida por su dama o por cualquiera mujer indefensa. Un pueblo de héroes, de caballeros, de almas de fuego, idealistas y valientes.

Adolfo, por su parte, veía a la hija de la salvaje y hermética Rusia; la mujer de belleza excepcional, envuelta en su velo, guardadora de un secreto de amores y placeres desconocidos y supremos. La mujer de decisión, de alma complicada, tan distinta de las otras mujeres.

Los dos se sorprendían de la semejanza de raza que había entre ellos.

-La hubiera creído a usted española -dijo él.

-Usted me pareció ruso en los primeros momentos.

-Yo creo -afirmó Adolfo-, que todo eso de raza eslava y latina son historias, nos parecemos demasiado para que no se nos conceda un origen común.

-Tal vez tenga usted razón -repuso Sonnia riendo-, hay una simpatía en Rusia por todo lo español, como si fuese algo muy cercano a nuestro espíritu.

-Yo también he mirado siempre con simpatía todo lo ruso. Su valor para luchar por la libertad, está cerca del corazón español.

-Yo quisiera escuchar su idioma, hábleme usted en español.

Adolfo, sin saber qué decir para dejar oír su idioma, recitó unos fáciles versos de Zorrilla.

Sonnia lo oía conmovida.

-No entiendo lo que dice -afirmó-, pero el acento es un acento ruso. Escuche usted.

A su vez ella recitó unos versos rusos. Adolfo creía estar escuchando a una española, que hablase lejos, de modo que no oyendo las palabras pudiese percibir el acento.

Aquella semejanza que creían encontrar entre ellos, los unió en una estrecha amistad. Todas las tardes Adolfo iba a buscar a Sonnia a su pensión y la acompañaba en el paseo. Aquella tarde la tormenta amenazaba con no dejarles salir.

-Sólo esto nos faltaba -dijo él sin poder ocultar su mal humor.

-¿Le cansa mucho Suiza? -preguntó la joven.

-No puedo soportarla -prorrumpió él con esa franqueza ruda, que seducía a Sonnia-. ¿Ha visto usted esa admirable vista del Mont Blanc, hecha en cartón piedra, que hay en el jardín público de Ginebra? Pues así se me representa a mí toda Suiza. He llegado a figurarme que los montes son de cartón piedra, y que la nieve está hecha con algodón y escarcha, como la de los nacimientos; a veces hasta dudo de que los lagos sean de agua de verdad.

-¡Qué exagerado!

-Sí... pero no puedo dominar esta sensación de fastidio. Aquí no hay alma en la gente, ni en la naturaleza que ellos han domeñado, arreglando su naturaleza bravía para presentarla artificiosa y amanerada.

-¿No es así en España?

-No. En España hay terrenos estériles, secos, incultos, y vergeles maravillosos; hay montañas y llanuras; paisajes alegres y paisajes sombríos. Todo tal como ello es, dentro de la más hermosa novedad. Cada pueblo conserva sus costumbres. Los aldeanos se visten con trajes típicos de cada región, y sobre todo, cada español lleva dentro, si no un rey, un rebelde, celoso de su independencia y de su personalidad. Si nos dieran los pasaportes, yo la llevaría a España conmigo para que comprendiera toda su belleza.

-Después iríamos a Rusia. Rusia no es el país que pintan aquí, con sus estepas cubiertas de nieve, llenas de lobos y poblada de siervos salvajes a los que se acaricia con el látigo. Tenemos hermosas ciudades y palacios maravillosos. Yo siempre he llamado al palacio del Zar, *El palacio del Miedo*, porque el presentimiento del fin del imperio lo llenaba de terrores y de sombras.

Hubo unos momentos de silencio. Empezaba a caer la lluvia en gotas esparcidas y grandes, que sonaban al aplastarse contra el suelo, y producía una extraña apariencia de ebullición sobre las aguas del lago.

De la tierra subía un olor de fermento, de tierra mojada, de fecundación.

-Sonia -dijo de pronto Adolfo, cogiendo una mano de la joven-, este olor que nos envuelve viene de tus cabellos... déjame que lo huela y me embriague en él.

-¡Adolfo!

Estaba sorprendida, desconcertada. No esperaba ver cambiarse así de pronto en amor su camaradería.

-No te asustes Sonia. Estoy seguro de que me amas como yo te amo. No habíamos pensado en decírnoslo, pero el convencimiento estaba en nosotros. ¿Cómo iba yo a llevarte a España? ¿Cómo querías tú que te acompañase a Rusia? Pensábamos en nuestras vidas ya siempre juntas, inseparables... ¿Por qué no decirnos la verdad y acelerar nuestra dicha?

Ella no acertaba a contestar, pero sus ojos color tabaco, tenían reflejos de oro, humedecidos por las lágrimas.

La tormenta había estallado con toda la bravura propia de aquel país de montañas; una cubierta negra ocultaba el sol y extendía oscuridad sobre la tierra y sobre el lago. La luz de los relámpagos y el tabletear de los truenos, que tenía mayor sonoridad en aquel valle, le daban un aspecto terrorífico. Adolfo retiró a Sonia dulcemente del balcón. Cuando pasadas unas horas volvieron a asomarse, la tempestad de opereta había des-

aparecido, el sol iluminaba esplendorosamente la claridad del lago, las colinas pizarrosas, los árboles con las hojas lavadas y lucientes, y la tierra satisfecha y agradecida de la fecundación que acababa de gozar.

Ellos lo miraban todo como si lo viesan por primera vez. Si Adolfo recordó sus teorías, debieron parecerle injustas. Los dos con las manos enlazadas, y los labios unidos, murmuraron a un tiempo, con el deleite de la revelación:

-¡Qué hermoso es todo esto!

II

Otra vez volvió a apoderarse de los dos el enervamiento que la estancia forzosa en Suiza les producía. Habían agotado todo el idilio en paseos a la orilla del lago y por los lugares pintorescos y solitarios. Las bellezas de Rusia y de España les eran ya conocidas a ambos.

-¡Si pudiésemos ir a Rusia! -decía ella-. Es imposible que yo no pueda recuperar una parte de lo que me pertenece, y podríamos vivir bien.

-¡Si fuese posible ir a España! -suspiraba él-. Eso sería mejor, y nada habría de faltarnos.

¿Pero qué hacer? Pasaban días, semanas, meses y siempre la agonía de la espera, tan engañosa, que parecía ofrecer una solución próxima. "¡Tal vez mañana!"

* * *

Los dos jóvenes emprendieron el viaje a Berna. Era preciso ver a los respectivos ministros y recabar una solución. Los recursos de Sonia se agotaban rápidamente, y sería comprometida la situación cuando ambos tuvieran que vivir de la pensión que recibía Adolfo de su casa, un tanto irregularmente. El ministro ruso se excusó. ¿Qué podría hacer él en lo anormal de la situación? ¿Qué autoridad podía haber para aquel pueblo que destronaba al Zar venerado, mataba al *Padrecito*, y se entregaba a crear una organización liberal con una embriaguez que estaba en razón directa con la esclavitud de que habían sido víctimas?

El ministro de España nada podía hacer. A pesar de su celo, de su crédito con los aliados, el pasaporte de Adolfo no se conseguía. Era preciso

proponer al Ministerio de la Guerra, a París, y desde allí venían las autorizaciones de pasaporte. La de Adolfo no llegaba nunca. Su nombre debía estar en la lista negra o entre los sospechosos.

Era terrible la lista negra. Cuando marcaba a una casa de comercio o a un hotel, constituía su ruina. A pesar de que aquellas ciudades de la Suiza Alemana tenían todas las afinidades con Alemania, en el aspecto mismo de la ciudad, el estilo de los edificios, los letreros, todo, la influencia que dominaba era la francesa, y los tachados de alemanófilos se incluían en la lista negra.

Toda aquella parte la ocupaban los internados alemanes; a cada paso veían el uniforme de los soldados del Kaiser y sus ásperos bigotes rojos. Unos estaban silenciosos, hoscos, enzuñados; otros se mostraban contentos, alegres, acompañando amorosamente a las lindas suicitas, menudas, de tez oscura y cabellos deslucidos. Sonia las miraba con su odio de rusa.

-Estas comen -decía-, pero en su tierra no dan de comer a nuestros pobres prisioneros.

-¡Exageras!

-¡Que exagero! ¿Acaso no has visto los convoyes que vienen para el canje? Los franceses les entregan hombres sanos y bien alimentados y ellos traen moribundos, aniquilados y martirizados. ¡Los *boches*!

Sentía gana de silbarles aquel insulto cada vez que se cruzaba con ellos en la calle principal de Berna, aquella calle, espina dorsal de la ciudad, que la atravesaba desde la Plaza Bubenbergh hasta el puente Nydeck, en un largor de mil trescientos metros, imprimía en ella su carácter de Edad Media. Los escaparates brillantes de cerámica, de joyería, de telas y adornos modernos, resultaban un anacronismo bajo la arcada que formaban las casas antiguas, los puentes pintorescos, que ornaban todo lo largo de la calle, la clásica torre del célebre reloj que movía todo un pueblo de muñecos animados, y más que nada, aquellas puertas de madera, especie de trampas, que daban entrada a las cuevas que había bajo cada casa, y que abrían entre los pilares de las galerías aquellas, rodeados de todos los esplendores del comercio moderno. Al final la *Fosa de los Osos*, conservadora de la tradición que no deja de visitar ningún forastero.

Allí en el fondo, bailaban y hacían sus toscas gracias, gracias parecidas a las de los hombres gordos, las dos parejas de osos que sostiene la

ciudad, en recuerdo de que debe su nombre y fundación a la caza de uno de estos animalitos. Alrededor de la fosa se vendían zanahorias, que compraban los visitantes para gozar en el espectáculo de la ansiedad con que los solicitaban.

No tardaron en experimentar allí el aburrimiento que los invadía, y que les hacía estar días enteros silenciosos, cerca el uno del otro.

-Estoy demasiado cansada de osos y de alemanes -dijo un día Sonnia-, ¿Quieres que nos traslademos a Ginebra? Esa al menos es una ciudad que recuerda a Francia, y se ven uniformes azul horizonte, azul victoria.

En efecto, pasar de Berna a Ginebra era pasar de Alemania a Francia.

Sonnia se arrepentía de haber cambiado. Allí Adolfo tenía numerosos amigos, con los que pasaba el tiempo, dejándola casi siempre sola. Cuando volvía, volvía de mal humor. Veía que le iba a ser imposible salir de allí. Confidencialmente le habían dicho el motivo, que él no se atrevía a comunicar a Sonnia. Unos amores con una artista del Kursal con la que había hecho un viaje a Basilea y Zurich, y a la que había dejado de ver sin hacer caso de la obstinación con que ella deseaba mantener las relaciones. Era aquella mujer la que lo había denunciado como *espión* contando cosas que lo comprometían. Adolfo hubiera querido encontrarla y vengarse de ella obligándola a confesar la verdad.

Aquella tarde fue al Kursal. Era una tarde dorada y brillante de Ginebra que hacía olvidar con su encanto los horrores de la guerra. Brillaban con igual limpieza el azul del lago y el azul del cielo. Ginebra blanca, se tendía a los pies de la Saleve, y en segundo término se destacaba la Aguja de Plata y el gigante Mont Blanc, con la silueta incomprensible de su cumbre achatada, que se recortaba en el horizonte, de manera que las imaginaciones exaltadas creían distinguir en ella la tumba de Napoleón y la estatua yacente de aquel hombre pequeñito, cuya grandeza necesitaba aquel túmulo inmenso. Era la ilusión de los pies, punta al cielo, los brazos cortos cruzados sobre la enorme barriga hinchada y la cabeza cubierta con el tricornio glorioso que se enseña en todos los museos; hasta la nariz napoleónica se recortaba en la nieve eterna para no dejar duda.

Empezaban a encenderse las guirnaldas de luces que ornan los puentes sobre el lago ondulando como oro líquido en las aguas.

Adolfo, sin darse cuenta, sentía aquella placidez de la ciudad, cruzó cerca de la pequeña isla de Rousseau, que se mecía como una maceta

en el lago, atravesó el puente del Mont Blanc y se encontró en el malecón, cubierto de flores, con la fila de hoteles magníficos, cuyas terrazas y balcones desaparecían entre las flores también. Enfrente se alzaba aquel salto de agua, el mayor del mundo, que se elevaba y se doblaba sobre sí mismo, formando la columna alabastrina y transparente, en la que jugaban los colores del iris. Se paró un momento y sonrió. Estaba en un paraíso, y se desesperaba de no poder salir de él. El Kursal resplandecía de luces. Afluía la gente al teatro, a las salas de juego, a los comedores. Él se dirigió a la sala de las varietés. Cerca de la puerta le cerró el paso un hombre gordo, mofletudo, de aspecto alegre, que le tendió la mano efusivamente.

-Mi señor don Adolfo, cuánto tiempo sin verle.

Se detuvo sorprendido y presa ya de aquella desconfianza que existía en el ambiente.

-¿No me conoce usted?

Adolfo hizo memoria. Recordó conocerlo como dueño de un instituto de belleza que existió en Madrid, y donde él acompañó varias veces a su amiga, una marquesita casada con un viejo, que no quería contagiarse de la vejez de su esposo.

-Aquí me tiene usted. Me cansé de aquella ocupación, me vine de España, y ahora soy el dueño de este Kursal, al que apenas deja vivir la guerra.

-¿Y su esposa?

-No sé por cuál de mis esposas me pregunta, porque suelo cambiar de ellas como de domicilio.

-¿No era su esposa la que estaba en Madrid?

-No, la señorita Costi era mi compañera, sólo mi compañera. La tomé para que me ayudase al negocio. Lo entendía, era elocuente, pero tenía una terrible arruga en el entrecejo, que era el peor alegato para las damas que iban allí a quitarse las arrugas. Era preciso explicarles que era celosa y tenía mal genio.

-Pero usted tenía una buena clientela.

-Sí. Las mujeres acuden siempre a donde se las engaña. Todo el secreto de los productos de belleza se reduce a unas cuantas drogas que se proporcionarían fácilmente en cualquier farmacia, y que pagan carísimas cuando se les da con un lindo envase y un prospecto llamativo. Eso es todo.

Adolfo escuchaba con paciencia aquella charla, proponiéndose utilizar al dueño del Kursal, que conocía a todos los artistas, para hallar a la que buscaba. Tomó asiento al lado de una de las mesas, y pidió una botella de Champagne. Casi todas las mesas estaban ocupadas por caballeros muy circunspectos, correctamente vestidos de etiqueta, que bebían abundantemente, sin perder la medida, al lado de lindas mujercitas muy pintadas y muy descotadas.

El dueño, como si tomase la misión de enseñárselo todo, vino a sentarse a su lado y le dijo los nombres de algunos de aquellos señores. Un duque, una bailarina célebre, varios millonarios...

El sexteto, colocado en uno de los ángulos tocaba música de Rossini. Al terminar se adelantó al centro del salón una pobre mujer huesuda, flaca, cuyo carmín y blanquete no lograba disimular la amarillez y las arrugas, y entonó un cuplé, que corearon varias de aquellas *señoritas*. Después un hombre, pintado, con peluca, pantalón ceñido, frac de romántico y gesto femenino, se adelantó a bailar y a cantar con gestos innobles, que provocaban risas y aplausos. El dueño del Kursal le iba dando noticias de quién era cada uno. La pobre mujer esquelética había sido nada menos que la amante de un Rajá; el hombre, un célebre excéntrico inglés...

-Ésta -añadió señalando a una jovencita blanca, rubia, de semblante candoroso, que danzaba lúbricamente entre las mesas- a pesar de su aspecto de santita, es una mujer peligrosa, tenga usted cuidado si se le acerca. Es una morfínómana... insaciable en amor, y su sed la invita a matar a sus amantes...

Él lo oía mirando con pena el espectáculo. Resultaba más forzado, más escueto, aquel esfuerzo de los pobres hombre y mujeres, que se ganaban la vida con sus gestos de histriones, agitándose entre las mesas, en promiscuidad con el público, que los de las bailarinas o payasos en los tablados y en los circos. A la rubita siguieron otras, rubias y morenas, de largas trenzas y de melenas cortas, jóvenes y viejas... Su acompañante le daba idea de todas, y le contaba tal y o cual historia galante. Conforme iban acabando de mostrar sus gracias todos iban recorriendo las mesas. En unas les daban billetes; en otras les ofrecían copas... Se daban citas. Algunas se sentaban con sus enamorados. El dueño del Kursal trataba de animarlo.

-Si le gusta a usted alguna...

Él se atrevió a preguntar:

-¿Conoce usted a Marta Sabruni?

-Mucho... Pero, silencio, no me hable usted de ella. Es comprometido.

-¿Cómo?

-A la pobre muchacha la han expulsado de Suiza en unión de los hermanos Morangos... una deliciosa troupe que me hace gran falta... Tenían éxito... El menor sobre todo... un rubio precioso... tenía mucha aceptación y traía gente.

-No comprendo bien.

-Marta y los Morangos se fueron a bailar a Berna, al hotel Bellevue, en una representación privada delante de los príncipes de Grecia... y he tenido que privarme de ellos. Me lo ordenó *quien puede*... Han salido de Suiza.

-¿Pero quién es *quien puede*?

Miró sobresaltado a su alrededor.

-En verdad que he hablado demasiado, nos pueden oír.

-No es posible.

-Que usted se lo cree. Se oye todo lo que se habla. Cada persona es un espía. Aquí se sabe todo lo que cada uno hace, lo que escribe... lo que piensa.

-Yo creo que aquí se engendra una manía persecutoria y que no es más que un fantasma como los jesuitas en España.

-No lo crea usted. Ese caso mismo de los pobres artistas se lo prueba. El rigor es cada vez más grande. A una dama aristocrática que iba a España con pasaporte de primer orden, la han desnudado en la frontera y le han lavado el cuerpo con limón. Sólo porque era amiga de unos príncipes germanófilos... Yo mismo he estado preso en un calabozo de la frontera italiana quince días, aunque llevaba mi pasaporte en regla. Me habían confundido con otro. Luego con decirme *Usted dispense*, todo quedó arreglado.

-¿Y dice usted que a Marta la han expulsado?

-Cierto.

-Pero ella era una espía.

-¿Cómo lo sabe usted?

-Porque he sufrido una delación suya.

-¿Qué dice usted?

Adolfo explicó su situación.

-¿Pero la delación no era cierta?

-Era una venganza.

-¿Y cómo lo ha sabido usted?

Adolfo iba a contestar, pero se detuvo. Una sospecha atravesaba su espíritu. Indudablemente era verdad que cuanto hablaran se había de saber. Aquel hombre era un espía.

Cuando salió a la calle la noche envolvía a la ciudad. Una noche clara perfumada, que dejaba adivinar los contornos de la ciudad, con sus guirnaldas de luces iluminando el lago. Entonces se dio cuenta de por qué deseaba salir de allí. Era una placidez de convento, placidez de cárcel, algo hipócrita, donde se sentía sin libertad, cogido en aquella red de espías recelosos de ser espiados, y que encontraban la manera de hacer culpables los actos más sencillos. A veces no sabía uno mismo si era o no inocente.

III

Cada día se hablaba más del fin de la guerra. Era Alemania la que lo había de decidir. La paz que ella pidiera se aceptaría por los aliados. Pero ¿qué condiciones impondría? Alemania tenía el territorio incólume, se podría rehacer fácilmente, era preciso ver la manera de evitar los nuevos conflictos del odio que se había sembrado en los profundos surcos de las trincheras y que germinará en lo porvenir.

Por un desdichado fenómeno los ideales de los vencidos, los que habían concitado contra Alemania al mundo todo en nombre de la civilización, dominaban a los combatientes vencedores. El militarismo, el cesarismo, no habían muerto. Nacía un egoísmo nuevo; un nacionalismo en casi todos los Estados. Adolfo desconfiaba de una paz en aquellas condiciones, y la duda lo desesperaba.

Se sentía más solo cada vez. Sonia había dejado de ser para él lo que había sido. La niña convertida en mujer por obra suya, había sentido despertarse en ella el alma rusa, el alma revolucionaria. Veía los acontecimientos de su país con un entusiasmo que él, con un espíritu español -crítico y un poco envejecido- encontraba ridículos e insoportables en una mujer.

Él amaba a Sonia. Estaba seguro de haber sido su iniciador en los misterios de la vida; conocía la rectitud de su alma blanca y buena, era bella, interesante, de una cultura superior a la de la mayoría de las mujeres españolas. Siempre había soñado con la vuelta a España al lado de ella; pero le asustaba el pensar que la joven no podía ser la mujer de hogar que un español necesita por esa tradición latina tan arraigada. Necesitaba hacer de ella una española y Sonia era cada vez más rusa. El deseo de ir a su país la aguijoneaba cruelmente. Leía con avidez todas las noticias que publicaban los periódicos; se veía que deseaba la paz para poder ir a su tierra. Adolfo la miraba con inquietud.

-¿Por qué te preocupas tanto de eso, Sonia? -le preguntó-. Tu vida ha tomado un nuevo derrotero; tú no has de ser rusa, sino española.

-¿Española?

-Naturalmente, según nuestras leyes la mujer sigue la nacionalidad del marido.

Ella guardó un momento silencio, y al fin dijo:

-Es preciso que yo vaya a Rusia.

-Iremos después de pasada esta ola de locura que envuelve al mundo, cuando todo haya recobrado la tranquilidad.

-¿Crees que volverá esa tranquilidad egoísta que tú imaginas?

-Naturalmente.

-No. Es un mundo nuevo el que nace después de la guerra. Son otras necesidades las que se dejan sentir, y ellas han de engendrar otras costumbres y hasta otra moral, otro arte y otros sentimientos. La guerra marcó el fin de una edad histórica.

-Bien, nosotros viviremos en ese nuevo mundo con nuestro amor antiguo, que sabremos renovar continuamente.

-Sí. Yo te amaré siempre -contestó ella con solemnidad- pero necesito ir a Rusia ahora.

-¿Ahora precisamente?

-Es el momento en que me necesita, es el momento difícil, el momento de lucha. Me parece que es mi misma madre la que me llama para que vaya a defenderla.

-Lo ignoro... pero debo hacer lo que pueda. Si cada uno negase su concurso, dejándolo todo a los demás, ¿cómo salvaríamos la patria?

-Es un fanatismo el que se apodera de ti. No debías empequeñecer tu alma con la idea de *Patria*, que tan bien saben explotar algunos. La patria es toda la tierra. Nacemos en el mundo...

Lo atajó ella:

-No te canses... No comprenderé jamás con el corazón esas teorías.

-Pero en todo caso -exclamó él- ¿qué es lo que favorece a tu patria? Debe ser la Rusia de los zares o la de los soviets.

Sonia se exaltó:

-Te ruego que no bromees, Adolfo, es demasiado grave para mi corazón este asunto. Con los zares ha muerto la tiranía. No podemos ir para atrás. Rusia tiene que liberarse, que rehabilitarse. Necesita a todos sus hijos.

-¿Y no vendrás conmigo a España?

-Acompáñame tú a Rusia.

-Sería una locura. Yo no me siento con bríos de redentor de un país extraño.

-¡Extraño para ti mi país!

-No románticos, Sonia; muy atractivo, muy simpático, todo lo que tú quieras, menos ir a dejarse allí el pellejo inútilmente.

-Me duele que hables así.

-Es una manía, perdóname que te lo diga. Tal vez el contraste de tus lecturas con este ambiente. España te curará.

-Yo no iré a España.

-¿Será posible que pospongas mi amor a esa locura?

-¡Adolfo! ¡Compréndeme!

-Me iré solo. No me verás más.

-No...

* * *

Aquella conversación se renovaba de un modo alarmante. Cuando se firmó el armisticio, después del primer movimiento de alegría, los dos experimentaron cierto temor. Deseo de escapar, y pena de irse. Aquellos lugares se les hacían aborrecibles en la prisión, y llegaban a ser queridos con la libertad. Nunca se amaron con una pasión tan intensa y sin

embargo, al día siguiente, sin decirse nada el uno al otro, acudieron a sus respectivos consulados.

El cónsul de Rusia se negó.

-Vive usted públicamente con un hombre tachado de espía. Yo no puedo extenderle su pasaporte.

Adolfo no fue más afortunado.

-Yo estoy pronto a visar su pasaporte -dijo el cónsul-, pero vea usted si puede pasar por Francia.

-Yo creo que nadie mejor que las autoridades de mi país para abonar mi inocencia. Se me acusa de un absurdo.

El cónsul sintió despertarse en él toda el alma timorata detallista y pequeña de los diplomáticos.

-Es que nuestra situación es muy comprometida. Yo por mí me atrevería a todo, pero aquí represento a España. Cualquier imprudencia podía originar un conflicto... en estos momentos.

Adolfo se impacientó. A él le parecía ridículo aquel hombre que se crecía de buena fe en importancia, sintiendo en su ser como una transformación que lo convertía en la encarnación de España, y se creía capaz de influir con un pasaporte o una recomendación en los destinos del mundo.

-Pero es que a usted le debe constar que se comete conmigo una injusticia.

-Así lo creo... pero amigo mío, su conducta es un tanto irregular... vive usted con una rusa que es una revolucionaria.

Rió Adolfo.

-Parece una revolucionaria por ser rusa.

-No..., no, por eso...; es que se sabe que concurre a reuniones de sus compatriotas. Un día tendrá usted un disgusto.

-Eso es otra mentira intolerable. Esa joven es mi novia y será mi esposa. Es preciso que me diga usted de dónde parten esas calumnias.

-No hablemos más de esto. Hemos pronunciado varias veces la palabra *revolución*, y como no comprenden el idioma podrían creer algo que nos comprometiera.

-Pero si estamos los dos solos en esta habitación, y hasta creo que en esta casa. En el Consulado de España, ¿quién nos ha de oír?

-No sé..., pero nos oyen..., nos oyen con seguridad. Se oye todo. Los espías...

* * *

Seguía la locura de las persecuciones, aun después de firmado el armisticio.

No quiso decir nada a Sonia, que estaba más triste que de costumbre aquel día, y fue al Consulado de Francia. De un modo inflexible, sin explicación ninguna, se le seguía negando su pasaporte.

Una rabia sorda se iba apoderando de él.

Era un preso, un condenado, sin formarle sumaria. Se le retenía contra su voluntad allí.

-¡Y luego dirán que estoy en una nación libre!

Hubiera querido poder encontrar a la que le había delatado, maltratarla y obligarle a decir la verdad. Para colmo de males, las cartas de España le hablaban del mal estado de salud de su madre, ya anciana.

-Si mi madre muriese sin yo verla -exclamaba- había de buscar a Marta en el centro de la tierra para darle un tiro.

* * *

La Suiza se le volvía a tornar odiosa. Sus flores y sus lagos eran barrotes de prisión, y su placidez silenciosa la forzosa calma del presidio.

Le parecía que los que paseaban por los caminos del Mont Blanc debían llevar ese gran número en tinta blanca que llevan los penados. Todo lo que era allí alegría, belleza, se le tornaba antipático al mirarlo como parte de su cárcel. Tuvo un momento en que dominó a todo el deseo de salir de allí.

Odiaba la ciudad calvinista, funesta a los españoles, asesina de Miguel Servet, y le parecían amenazadoras todas aquellas graves figuras de electores y de príncipes, defensores de la reforma, que ornaban el monumento del pensamiento libre en la Plaza Nueva, adosada a las antiguas murallas.

Quería escapar de allí, fuese como fuese. Verse libre del tormento de los espiones. Algunas noches ardía de fiebre producida por su ansiedad.

-Vamos a Rusia -propuso un día a Sonnia.

-No es posible -repuso ella lacónicamente.

Él no dijo nada, pero sintió en el pecho una mordedura cruel. Tuvo la evidencia de que Sonnia había intentado tener su pasaporte para Rusia, ocultándose de él. ¿Acaso no había él hecho lo mismo? No debía culparla cuando en su deseo de escapar de allí se sentía capaz de abandonarlo todo. Sentía la misma ansiedad que obligaba a los prisioneros de uno y otro país a escaparse de Suiza para volver a participar de los horrores de la guerra.

IV

El armisticio se prolongaba ya demasiado, se seguía la trayectoria de la paz apasionadamente; pero nadie se atrevía a decir su pensamiento. En voz baja, casi al oído, se decían algunos que les parecían demasiado terribles las condiciones impuestas a los vencidos. En voz alta, todos hablaban mal de los broches que tenían todo aquello bien merecido por sus crueldades; hasta los que no estaban conformes tenían que sustentar aquella teoría para no parecer sospechosos si al hablarles en ese sentido guardaban silencio o mostraban poco ardor.

Una señora que se había atrevido a exponer su opinión de que no se debía juzgar al Kaiser había sido expulsada de Suiza.

-Si yo supiera qué delito debía cometer para que me expulsaran, no vacilaría un momento en perpetrarlo -decía Adolfo.

-A nosotros no nos expulsarían, nos meterían en la cárcel -le contestaba Sonnia.

-Pues yo no pienso ocultarle a nadie mi disconformidad con que se arroje sobre un solo hombre la responsabilidad de una guerra en cuya génesis hay tanto culpable. Además, me repugna ver a un hombre que ha tenido tan alta dignidad comparecer ante un tribunal de enemigos. ¿Quién es bastante para poder juzgar?

-Debían haber hecho con él lo mismo que con el Zar -decía exaltada Sonnia.

-Eso hubiera sido otra cosa; pero esta represalia tiene algo de venganza, y sólo conseguirá hacer simpática la figura de Guillermo II, con esa aureola que tiene todo el que sufre, cualquiera que haya sido su culpa.

El ejemplo que están dando los príncipes y los grandes que se ofrecen en su lugar resulta ya conmovedor. Con ese juicio, sólo se conseguirá hacer de una figura, vulgar en el fondo, una especie de Napoleón.

Sonnia miraba inquieta a su alrededor.

-Cállate..., seguramente nos oyen.

Era la manía de siempre.

Era que en aquellos días de preliminares de la paz, los espiones se multiplicaban. No se podía concebir los mil medios ingeniosos que hallaban para comunicarse, a pesar de la vigilancia tan grande de la censura, de los ácidos que pasaban sobre las cartas. Siempre una clave, una letra, una palabra eran capaces de revelar un secreto de Estado.

Se señalaba a Ginebra como la sede de la Liga de las Naciones, y esto aumentaba la importancia que adquiriría Suiza, con su parcial neutralidad en la gran guerra.

Se habían refugiado allí casi todas las familias reales derribadas de sus tronos.

En los paseos solitarios de *Mon Repos* o de *El Jardín Inglés* se cruzaban los príncipes destronados, los que un día formaron una gran familia y que hoy, reñidos unos con otros, apenas se saludaban. Estaban allí todos los príncipes destronados, todos los pretendientes a tronos que habían fracasado; Doña Berta, la viuda de D. Carlos, paseaba su insignificancia con aires de reina destronada también; y la esposa monárquica de D. Miguel de Braganza se hacía llamar princesa y usaba en sus efectos la bandera azul y blanca y la corona real. Daba la impresión de que toda aquella gente se debía haber escapado, huyendo de los países en revolución, y extrañaba que hubiesen podido salvar sus pelucas, sus pinturas y los largos vestidos de cola en los que se conocía su dignidad de princesas, como si aquellas colas fuesen la corona que les había quedado. Así que fuera del comedor del hotel, en los paseos, con el nivelador traje sastre, pasaban inadvertidas, con la nostalgia de la admiración y los saludos de la multitud.

La paz era para ellos algo como una losa que se pondría para perpetuar su destierro. Acabada la lucha, permanecerían ya para siempre en aquel estado burgués, lejos de los pueblos de los que no supieron hacerse amar.

En el fondo, mucha gente lamentaba el fin de la guerra, que era un negocio para algunos y una esperanza para muchos. La guerra había

creado nuevos ricos y nuevos pobres. Los primeros, gente grosera, ostentaba ridícula y ostentosamente su dinero; los segundos, acostumbrados a todos los refinamientos, se resignaban en silencio al trabajo y a la humillación. Más de un millonario se convertía en camarero de café, y más de un aristócrata aprendía los oficios de peluquero o de sastre.

Muchas mujeres, a las que la guerra había dado beligerancia, veían con pena el momento de volver a soportar a los maridos y entregar sus destinos a los hombres. Ellos, por su parte, aspiraban todos a un empleo, o a seguir en el ejército; después de los largos años de combate no se avenían a volver a trabajar. La voz de los soviets y de los bolcheviques tenían eco en ellos.

Hasta muchas señoritas sentimentales no se avenían ya a pensar que no tendrían ya poilus que amadrinar y a los que dirigir cartas sentimentales. Ya cesaba el reinado de Nnette y Retintín; las frivolidades que vivían al lado de una cosa tan grave y tan seria como la guerra. La guerra, que seguía latiendo en el fondo de los corazones; iban a firmarse las condiciones para deponer las armas; se celebraría la fiesta de la victoria, pero aquello no era la paz, tal como se había soñado.

Ya se anunciaba que aun después de firmada aquella paz habrían de seguir los rigores de la censura y la dificultad de las fronteras. Adolfo se desesperaba. ¿Era que no iba ya a volver jamás el mundo a su normalidad? ¿Qué era preciso hacer para salir de allí?

Se estaba cometiendo un atentado contra el derecho de gentes y nadie lo defendía. Aquella mañana, las risas de Sonia, que entró en su habitación como una tromba, abriendo las ventanas y palmoteando, despertaron bruscamente a Adolfo. Hacía mucho tiempo que no veía a su novia tan contenta. La agitación daba un rosa subido a sus mejillas, sus ojos tenían más luz. Volvía a la plenitud de su antigua belleza. Una belleza a la que le sentaba bien la risa y la alegría.

Fue a sentarse en el borde de la cama y él le rodeó la cintura entre sus brazos.

-¿Qué es lo que pasa?

-Tenemos pasaporte.

-¡Cómo!

-Sí, he logrado tu pasaporte y el mío.

-¿Para España?

-Para Holanda.

-Pero...

-Desde allí ya no hay nada que nos impida embarcarnos.

-¿Pero cómo has hecho eso?

La joven se explicó. Una de sus amigas rusas le había proporcionado conocimiento con la dueña de un almacén, y como dependientes de este comercio habían logrado pasaporte para ir a Holanda a comprar géneros.

-Yo aparezco como tu esposa... Madame Adolfo...

-Y lo eres ya.

La estrechaba contra su corazón, y en aquel momento no pensaba más que en ella. Como le sucedía siempre que creía lograr su deseo de libertad, se volvía a mirar con tristeza las paredes de su cárcel. ¿Acaso no había sido allí dichoso?

-Sonnia, alma mía -murmuró al oído de la joven en el transporte de su pasión.- Me tienes que perdonar. Yo dudaba de ti... sufría... había creído que buscabas tu pasaporte para dejarme... para separarte de mí... buena mía.

Ella respondió sólo con un suspiro, y los besos hicieron innecesaria la respuesta.

Rápidamente, aquel mismo día los dos amantes pasaron la frontera alemana. Su curiosidad se estrelló contra el silencio y las precauciones que los rodeaban. Aquellos hombres de cabezotas cuadradas y bigotes rojos, eran impenetrables para el extranjero. ¿Había revoluciones? ¿Sufrían hambre? Nada podía traslucirse. No los dejaron pasar de la estación.

Un policía tomó sus pasaportes y condujo a todos los viajeros, en el tren, hasta la frontera holandesa, donde les devolvió otra vez los pasaportes. Fue aquel un viaje fantástico, en el que no se daban cuenta de nada. Pasaban aquel hermoso camino que bordea la región más bella de Alemania, la Alemania romántica, feudal, con sus castillos en la cima de las montañas y el lujo de vegetación que vestía sus campos. Nada parecía hablar allí de guerra ni de derrota. Su territorio, incólume, bello, sonriente, parecía ajeno a la tragedia de los hombres.

Cuando llegaron a Amsterdam tuvieron un momento de decaimiento. Estaban libres. Podían ir por donde quisiesen. Aquella especie de providencia que regía sus destinos coartándoles la libertad de obrar les falta-

ba. Se sentían más responsables y hubieran querido una voluntad que guiase la suya.

Todos los hoteles y casas de viajeros estaban llenas de gente. Los alemanes que no se avenían con aquella paz desastrosa buscaban allí un refugio; los millonarios huían para no pagar el tributo de guerra, y se refugiaban en Holanda, en Dinamarca y en Suecia.

-Será preciso dormir en la calle -dijo él.

-No -dijo Sonia.- Hay aquí un barrio judío, un barrio de lapidarios, donde encontraremos alojamiento.

-¿Crees tú?

-Estoy segura. Tú eres español, y la mayoría de ellos, que desciende de España, le guardan un extraño amor, tanto que suelen hablar el viejo romance castellano y enseñan a rezar a sus hijos en español.

-Les enseñan las oraciones a cuyo eco los quemaban vivos, los robaban y los arrojaban a puntapiés de España. Esa sumisión los hace dignos de los tratos que sufrieron.

Sonia meditó un momento.

-Tienes razón -dijo-, el que se resigna a ser esclavo, merece serlo. Por eso amo yo tanto a mi país, por su rebeldía.

Él la miró inquieto. Volvían las mismas ideas, y eran ahora más peligrosas en aquel país libre. Ella hizo una transición, y continuó:

-En ese barrio tengo hermanos... Allí nos darán albergue... hasta... hasta que partamos...

Mientras caminaban por las románticas calles de Amsterdam, él iba haciendo proyectos de su vida futura y Sonia le oía silenciosa, casi sollozante.

-Los proyectos para el porvenir crean el porvenir y nos hacen acreedores de él -dijo Adolfo-. ¿Por qué no me dices tú nada?

-Te escucho, y pienso como tú.

El aspecto del barrio judío distrajo a Adolfo. Miraba encantado aquellos viejos de perfil aquilino, que parecían los apóstoles pintados por el Greco, sentados en las puertas de sus casas, y aquellas vírgenes de perfiles puros como el de Sonia, que parecían escapadas de los cuadros de los altares.

Casi todos aquellos israelitas eran tallistas. Allí se desenvolvían los

diamantes de lo que les quedaba de carbón y tomaban su brillo y sus facetas.

Sonia fue a llamar a una de aquellas casas y habló con sus moradores. Él no supo lo que habló, pero les dieron habitación y les sirvieron una sencilla cena de queso, fruta y miel.

Sonia salió después de cenar. Él sentía una extraña inquietud. ¡Si no volviera! Se arrepintió de no haber ido con ella. Pasadas unas dos horas la joven volvió.

-Mañana hay vapor para España.

-¿Has reservado nuestras plazas?

-Sí...

-Parece que lo dices con pena.

-Hubiera querido pasar unos días más juntos... aquí. Se está bien aquí...

Volvió él a enlazarla en sus brazos y a cubrirla de caricias.

Quería aturdirla, rendirla, que lo olvidase todo en el frenesí de la pasión.

Apenas había cerrado los ojos al sueño, con la cabeza echada en el seno de Sonia, cuando llamaron a la puerta.

-Ha llegado la hora -dijo ella.

-¿No dormías?

-Acariciaba tus cabellos y velaba tu sueño.

Se vistieron apresuradamente y corrieron al puerto.

Allí estaba el vapor con las aguas calientes próximo a marchar. Sonia habló con un tripulante y éste los guió al camarote que debían ocupar.

-Espérame -murmuró Sonia y desapareció.

Él esperó unos momentos... Sonia no venía. El barco empezaba a trepidar. Se dirigió al camarero que los había conducido allí. Él pareció no entender la pregunta, pero le entregó un sobre. ¡Carta de Sonia! Leyó:

"Perdóname. Tengo que cumplir un deber para con mi patria. Después te buscaré. No me olvides y cree que te amaré eternamente

Sonia"

¿Era aquello posible? Desesperado corrió a la escalera. El barco iba a soltar las amarras. Tenía tiempo aún de saltar a tierra y de buscarla... pero el barco iba a partir... Él debía ir a España...

Luchó un momento y no tuvo valor para saltar a tierra. Ya era irremediable. El barco se separaba lentamente de la esclusa que se abría para dejarlo pasar. Miró hacia tierra. Un viejo mendigo entonaba una monótona canción, y a su lado, una mujer enviaba hasta el barco una pequeña cesta amarrada al extremo de una larga caña, implorando una limosna.

Hundió la cabeza entre las manos y rompió a llorar sin cuidarse de lo que pensarían los demás. ¡Ya era libre y renegaba de su libertad! Quería evocar la costa de España. La vieja casa en donde lo esperaba su madre, y sólo se le aparecía Sonnia, Sonnia, de la que quería abominar, pero a la que admiraba en el mismo sacrificio de su amor. Él, que no amaba así a la patria, había sido también vencido por ella, para no aferrarse al amor.

Miró atrás. La costa de Holanda se esfumaba y apenas se distinguía el remate de *La torre de los florones*, esa torre del muelle a la que subían las mujeres de los navegantes que se lanzaban a la guerra y a las conquistas, desde la que agitaban, deshechas en lágrimas, sus pañuelos. Ningún pañuelo se agitaba para despedirlo a él. Tenía la certeza de las lágrimas y del dolor de Sonnia. No dudaba de su amor. Era él quien había sido cobarde.

El fin de la guerra, que tanto había deseado, no le traía a él la paz. ¿La traería a los pueblos agitados por nuevas ambiciones? ¿La traería para los hombres que habían matado? ¿La traería para los que ahora se negaban a trabajar? ¿Podría traerla para las naciones resumen de todas las ambiciones y todos los odios? ¿No quedaba herida la noble Italia en su legítima aspiración del Fiume? ¿No quedarían entre los vencedores secretas envidias y rivalidades? La turbación de su espíritu respondía de un modo pesimista a estas preguntas. La victoria de unos pueblos sobre otros no traía la paz. Entonces recordó, con su corazón angustiado, el verdadero valor de aquel saludo cambiado la noche antes entre Sonnia y el viejo judío, saludo al que no dio importancia, saludo bíblico lleno de sabiduría.

-La paz sea con vosotros.

-Y con tu espíritu.

EL ARTÍCULO 438

Cuento publicado el 1 de octubre de 1921 en *La Novela Semanal*, nº 15, que aborda el trato desigual en el Código Penal para las mujeres respecto de los hombres, especialmente en el delito de adulterio. Carmen de Burgos, que había estudiado en profundidad la legislación vigente -sus conocimientos se evidencian también en otros escritos-, denuncia a través de la ficción esta situación discriminatoria, aludiendo de manera explícita al Artículo 438, que casi exculpaba al hombre del asesinato de su esposa si era consecuencia de sorprender a ésta en una infidelidad. Es también este relato corto una defensa de la libertad y del amor sincero frente a los convencionalismos y la hipocresía de la sociedad.

En *La mujer moderna y sus derechos* (1927), Carmen de Burgos dedica un capítulo a exponer las desigualdades entre hombres y mujeres en los Códigos Civil y Penal, con el objetivo de defender y reclamar los derechos de éstas, comenzando por esa desigualdad en casos de adulterio, delito que en el caso de estar cometido por la esposa se hacía extensivo al amante, mientras que, según recoge la escritora, "la falta del marido, como se ve, no la llama el Código *adulterio*, sino *amancebamiento*. El adulterio lo cometen únicamente la mujer y su cómplice, pero éste sólo si sabe que es casada" (1927: 162).

Las contradicciones legales reflejan la valoración social del delito, pues el marido puede variar de amantes, "porque no se pena en él la infidelidad, sino el concubinato con escándalo" (*id.*), a diferencia de la mujer, cuyo sufrimiento por la conducta reprochable del esposo no importa, siempre que no se haga pública. Explica Carmen que "es la hipocresía lo que se trata de salvar, conservando la autoridad marital" (*id.*). Reúne varios argumentos sobre el juicio igualitario de ambos sexos en casos de adulterio en algunos estados, y otros en los que, al contrario, penalizan, incluso con la muerte, la infidelidad de la esposa, destacando que los "países latinos de Europa" se caracterizan por el trato desigual dentro del matrimonio a hombre y mujer (*ibid*: 167). Estas reflexiones le sirven, de paso, para abogar por la legalización del divorcio.

El artículo 438

"El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a ésta o al adúltero o les causara alguna de las lesiones graves, será castigado con la pena de destierro"

"Si les causara lesiones de segunda clase, quedará libre de pena. Estas reglas son aplicables a los padres, en iguales circunstancias, respecto de sus hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquéllas viviesen en la casa paterna"

"El beneficio de este artículo no aprovecha a los que hubiere promovido o facilitado la prostitución de sus mujeres e hijas"

CÓDIGO PENAL

I

La habitación, con los balcones entornados, las cortinas de yute corridas, ofrecía, en su semioscuridad, un refugio agradable contra aquel calor que abrasaba las plantas de la vega y marchitaba la lozana floración de los cármenes.

Tenía algo aquella salita de esas habitaciones de las colonias tropicales, con el suelo de ladrillo rojo, recién fregado, las paredes muy blancas, sin pensar en el terrible reflejo que el cegador sol de Granada arrancaba de ellas, y los muebles de madera, ligeros, sencillos, blancos y perezosos. Todo el adorno eran jardineras, alcarrazas y jarros con ramos de flores, colocados en las hornacinas, que unían su perfume al fuerte olor de jazmines, madreselva, reseda y albahaca que subía del jardín.

-¿Conque es decir que te niegas en absoluto? -dijo una voz de hombre, de tono agudo e imperativo, después de un largo silencio.

-Sí -respondió una voz dulce y firme de mujer.

-Muy decidida estás...

-Mucho...

-¿Y si yo te lo exijo?

-Será inútil.

-Me harás cometer un desacierto.

-Peor para ti.

-Parece que hay alguien que te ayuda y te sostiene.

-No lo necesito. En cinco años de casados ha desaparecido cerca de la tercera parte del capital que me dejaron mis padres. Yo tal vez podría resignarme a sufrir la miseria; pero tengo una hija y no tengo el derecho de arruinarla. No cuentes con mi firma en absoluto para nada.

-Parece que me reconviene como si yo fuese el culpable de que negocios que parecían seguros hubiesen salido mal, contra toda lógica.

-No quiero saber nada de eso. No te recrimino; pero no puedo seguir consintiendo especulaciones que la suerte no acompaña.

-¿Y crees que vamos a vivir con el mismo pie sólo con las rentas?

-Me reduciré todo lo que sea preciso... Pero nada más que *lo que sea preciso*, ¿entiendes?

-¿Y vas a negarme los medios de recuperar lo perdido, de volver a rehacer nuestra fortuna?

-Evito que la perdamos por completo.

-Piensa lo que haces.

-Lo tengo pensado.

-Entonces, como yo no me puedo resignar a vivir en Granada, como un buen Juan que vive del dinero de su mujer, sin trabajar, cosa que no

he hecho nunca, pues siempre he tratado de aumentar el capital, con buena o mala suerte, nos iremos de aquí.

-Puedes irte cuando gustes.

-Tú me seguirás.

-¿Y si no quiero?

-Te obligaré. Tú olvidas que yo soy el marido, el hombre. Tengo el derecho de administrar los bienes y de elegir el domicilio que me acomode.

-No quiero salir de Granada.

-¿Qué tienes, que te atrae tanto en ella?

-Que no quiero verme sola, a merced tuya, en tierra extraña...

-¡Linda respuesta! ¡Sola estando con tu marido! Estás obligada a seguirme, y me seguirás.

-¡No quiero! ¡No quiero!...

A pesar de los esfuerzos para conservar la entereza, la voz de la joven, mojada en lágrimas, se estrangulaba en la garganta.

El marido se puso de pie, dio algunos paseos por la estancia, se aproximó a la ventana y la abrió con un movimiento nervioso. Era un hombre muy alto, regular de carnes, de color moreno, con el cabello negro alisado en torno de la frente ancha; la nariz prominente, los labios groseros, un bigote poblado, con las largas guías hacia arriba, y unos ojos grises, indecisos, rodeados de un halo morado, donde se marcaban esas hinchazones y esas arrugas que graban las orgías y el cansancio de los placeres. Era un tipo de hombre guapo y buen mozo, capaz de inspirar ardientes pasiones a mujeres vulgares, pero antipático, repulsivo, con su aire de petulancia y degeneración, para un espíritu un poco delicado.

Ella era una mujercita de estatura regular, de formas finas, redondeadas y graciosas, con esa gracia un poco felina de las mujeres de Granada, todas ritmo y ondulación. La línea de los hombros era perfecta y unía, por medio de una garganta firme y torneada, el busto a la cabeza de cabellos castaños y ondeados. La tez tenía ese tono pálido y ardiente de las morenas-blancas; el rostro, de la misma suavidad de líneas, ofrecía un aspecto de la cándida pureza humana de las vírgenes de los primitivos italianos. Tenía los labios muy rojos, en corazón, gordezuelos y jugosos, y los ojos grandes, pardos, llenos de luz, con las pestañas espesas, arqueadas, sombreándolos intensamente y velando la luz, que se esca-

paba en un chispear luminoso de puntitos de oro de sus pupilas. La ligera bata blanca, escotada, que se rosaba con el transparente de su carne, permitía admirar el cuerpo armónico y juvenil.

Él se paró frente a ella, la contempló largo rato en silencio, sin conmovirse por su belleza, y al fin, cuando creyó haberla sugestionado lo bastante, al verla, temblorosa y sin atreverse a levantar los ojos, dijo:

-Piensa bien lo que haces, María de las Angustias.

-Lo tengo pensado, Alfredo.

-Entonces yo sé lo que he de hacer. Hay que vender los muebles... La niña se quedará en un colegio... Nosotros saldremos para Madrid.

-Yo no me separo de mi hija.

-Es indispensable. Yo no la puedo exponer a las vicisitudes de la suerte que vamos a experimentar nosotros.

-Pero yo no me conformo con todo eso... Tenemos para vivir bien y tranquilos aquí.

-Es una apreciación tuya.

-No dejaré que me quites mi hija...

-No es quitártela. Soy el hombre, el marido, el padre, y tengo el derecho de educarla como me plazca.

-Pero yo no puedo consentir esto... Has pisado en mí a la mujer... Bien lo sabes... Me has herido en todas mis delicadezas... me has hecho sufrir... Me has maltratado... Pero no consentiré que me separes de mi hija ni que la arruines... Pediré el divorcio... Acudiré a los tribunales...

El soltó una carcajada.

-¡Pobrecilla! ¡El divorcio! ¿Qué puedes alegar contra mí?

-Tú lo sabes, tú lo sabes... Malos tratos..., borracheras..., queridas.

-No seas niña. Nadie es capaz de atestiguar nada de eso. Soy un buen marido que no hace ni más ni menos que lo que hacen los demás hombres en mi caso.

-No quiero vivir contigo.

-Pues vivirás, quieras que no...

-Prefiero que me mates.

Ella se levantó, loca de ira, y se abalanzó hacia él, murmurando frases de indignación.

Él la sujetó con fuerza, sin perder la calma.

-No, hija mía. Tú quisieras una escena violenta. Que yo te hiciese daño... Algo que justificara tus quejas... No soy tan tonto... Me marchó y te dejo que pienses con serenidad lo que te conviene. Si quieres tenerme a tu lado y administrar tus rentas, estoy conforme. Me someto a tu voluntad en castigo de haber cargado con una mujer rica y ñoña, como tú eres, habiendo tantas mujeres interesantes.

-¿Eso más?

Él siguió, sin hacer caso de la interrupción:

-Si quieres tener un rasgo de cordura, dame la firma que te pido para vender el cortijo de la Vega... Con ese dinero emprenderé el negocio de la uva en Londres; ya te he explicado lo seguro que es... Puedes venir conmigo.

-¡Oh, no! -exclamó ella con terror-. No he olvidado los otros viajes.

-Que hubiesen sido deliciosos sin tus tonterías de provinciana, de mujer sin cultura y sin distinción... ¡Después de todo, no es culpa tuya! Si quieres, te quedas aquí... Tengo confianza en ti. Pero esto es la separación.

-¿Tardarías mucho en volver?

-Mucho. Aquello, una vez comenzado, no se puede dejar. Haría alguna que otra escapadilla, por verte... Ya sabes que, a pesar de todo, te quiero... No hay otra como tú para mí...

Intentó acariciarla y ella retrocedió.

-¿Me guardas rencor?

-No, no es eso... ¿De modo que tú vivirías en Londres y yo aquí?

-Sí.

-¿Y... Y... me dejarías tranquila?

-Si tú lo deseas...

-Prométemelo...

-Te lo prometo.

Ella meditó.

- Alfredo, tengo tanto deseo de tranquilidad, que te daría esa firma si supiera que me cumplirías esto... Pero no te creo...

-Te juro cumplirlo, ya que tanto te pesa tenerme a tu lado.

-Tú sabes que después de lo sucedido entre nosotros, yo no te puedo amar.

-Bueno. Hagamos el trato de la separación amistosa.

-¿Y no pedirás luego el sacrificio de otra finca?

-¡Te juro, también, que no!

-¿Y será cierto que te vas?

-No lo dudes.

-Entonces..., entonces... Tal vez me atreva a comprar mi tranquilidad... de esta manera.

-Pues firma, y no te molesto más.

-No. Ahora no. Déjame pensarlo... Vete ... Hasta mañana.

Alfredo tuvo una sonrisa de triunfo y salió de la estancia. María de las Angustias se dejó caer de nuevo en la mecedora, y tapándose el rostro con las manos, pequeñas y ensortijadas, exclamó con desesperación:

-¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no he de poder yo romper este lazo?

II

María de las Angustias era la víctima de las leyes y las costumbres españolas. Hija única de una familia distinguida, la habían educado de la manera que se acostumbra a educar las hijas en Andalucía. Sus padres, millonarios, poseedores de una de las primeras fortunas de la provincia, habían procurado que la niña tuviese una ignorancia absoluta de todas las cosas del mundo. Toda la infancia la pasó María de las Angustias en una finca que poseían en Motril, a orillas del mar, sin tratar más que a las hijas de los aldeanos, que miraban a sus padres con el respeto que los andaluces guardan al amo, como una reminiscencia de los tiempos feudales. Ella era la pequeña tirana a la que todos obedecían; la señorita, con la que no se atrevían a familiarizarse. No tuvo amigas, sino servidoras, y no vivió la vida en el concierto de las demás gentes, sino una vida aparte. Aquel ambiente, aquella soledad moral, de la que no se daba cuenta, la hicieron hermética. Elaboró sueños que escondió dentro de su alma y anhelos que se fueron reconcentrando en ella de un modo apasionado.

Quando, con sus dieciséis años, la llevaron a Granada, tomó el bar-

niz externo de la escasa sociedad que la dejaban frecuentar, por ese poder de asimilación que hay en las mujeres; pero en el fondo permaneció inadaptable, entregada a su fantasía. No tenía amigas, no frecuentaba reuniones; salía sólo con su madre para ir a misa y al rosario en las Angustias, a pasear en coche por la Alhambra o por los paseos del Salón y la Bomba, o algunas noches a dar la vuelta por la plaza de Bibarrambla y la Carrera del Darro, para ver los escaparates.

Y en aquel país de mujeres bellas, su belleza llamaba la atención. Los piropos brotaban como flores a su paso, y cada día la seguían en la calle media docena de muchachos. Llovían cartas de declaración; la acera fronteriza al carmen donde moraba tenía siempre guardia de honor, de la multitud de pretendientes que por allí rondaban, paseando sin cansarse de un extremo a otro de la acera. Ella no los veía más que desde su balcón, por cima de la verja que daba entrada al cuadro de jardín que había delante de la casa. Los confundía a todos, no pudiendo tratar a ninguno, y no llegaba a enamorarse de nadie. Ella necesitaba conocer y estimar a alguno para elegir, y los padres la separaban del trato de todos, reservándose el buscar ellos el marido conveniente cuando juzgasen que había llegado la edad a propósito.

Alfredo fue el forastero. Se abrió su corazón con el prestigio del forastero. Vio su nombre en los periódicos y lo contempló triunfante la noche en que daba una conferencia en el teatro. Él era el héroe de la fiesta y atraía la atención de todas las muchachas con sus grandes bigotes a lo Kaiser, su aire fanfarrón, vestido de *smoking*, con botones de brillantes y el pañuelo en punta saliendo como una flor del bolsillo izquierdo. Le agradó, sobre todo, por un sentimiento de orgullo satisfecho. Todas las muchachas se esforzaban por hacerse notar del forastero y él la prefirió entre todas. Sólo tuvo ojos para ella... Fue un triunfo que le agradeció en el fondo de su alma, con puerilidad femenina. El placer de ver celosas a sus pretendientes y eclipsadas a sus rivales.

Pensaba ahora en el absurdo de aquellos dos primeros años de su matrimonio, viviendo sus padres, cuando su marido se negaba a admitir nada más que el modesto sueldo de secretario de su suegro para sus gastos personales. Bien es verdad que vivían en el carmen, con criados, coches, automóviles y todo el lujo habitual, que suponía un gasto de muchos miles de duros al año. Por fortuna no engañó al suegro aquella hipocresía y dejó bien arreglado el testamento para que no pudiese disponer del capital de la hija.

En cuanto se vio dueño había cambiado de conducta. Primero quiso que ella lo siguiera en su vida de depravación y de lujo. Todo cuanto podía hacer para corromper su espíritu lo ensayó cínica y meditadamente; hasta que, convencido de la incorruptibilidad de su mujer, se desentendió de ella para alternar libremente con amigos degenerados y mujeres de baja estofa.

Recordaba aquellas noches de pesadilla en las que, amándole aún, le esperaba en vano. Su dolor, su desconcierto de verlo beodo, grosero, brutal. Cuando supo que tenía queridas, no le inspiró ya celos, sino asco. Fue entonces cuando nació su hija. Su corazón, libre del amor del marido, se refugió en aquel nuevo amor. Sentía en su alma aletear la pasión romántica y sensual con todas las ansias incumplidas; pero se abrazaba al amor de la hija con el ardor y la fe con que los místicos se abrazan a la cruz. Aquella criaturita blanda y rosa, de grandes ojos turquesa, era su defensa y su fortaleza.

Fue la madre la que tuvo perseverancia para revisar papeles y cuentas mientras él se entregaba a sus diversiones, y así pudo darse cuenta del estado de su fortuna.

Fuerte en su decisión, curada de la pasión imaginativa que su marido le había inspirado, llena de asco y de desprecio, compraba su libertad, dando a Alfredo repetidas veces la firma para que vendiese fábricas o propiedades con el fin -según le decía- de emprender otros negocios más lucrativos.

Mientras duraba el dinero, él la dejaba en paz. Al acabarse, volvía, se fingía apasionado, reclamaba sus derechos de esposo y, exasperado por sus negativas, la maltrataba, la insultaba, le hacía sufrir sus borracheras, de alcohol unas veces y otras de éter y de morfina.

Luchaba por corromperla, por hacerla partícipe de sus vicios, y ante la triste serenidad de la joven se desesperaba y llegaba a todas las violencias.

Era él quien procuraba pervertirla, presentándole amigos, haciéndole alternar con gentes inmorales, humillándola delante de mujerzuelas cuyo trato le imponía. Se veía aislada, sola; no tenía ninguna verdadera amiga, porque las costumbres de su marido habían alejado a toda la severa sociedad que frecuentaban sus padres. Los criados eran todos hechura de Alfredo. Él había ido despidiendo uno a uno todos los antiguos servidores y sustituyéndolos por otros, que le obedecían ciegamen-

te, comprados a fuerza de dádivas, y que la aborrecían a ella por la disciplina que imponía en la casa y a la que se veían obligados a someterse.

En aquellas condiciones aceptaba de buen grado firmar cuanto él quisiese por tal de verse sola, libre de aquel tormento. Al mismo tiempo sentía un remordimiento que se apoderaba de ella. ¿Tenía derecho, por aquel egoísmo suyo de paz y de sosiego, a dejar que arruinasen a su hija? ¿No era su deber luchar por aquella criatura, de la que no se ocupaba el padre?

Alfredo fingía querer a la niña. La zarandeaba, la besuqueaba, hablaba de sus gracias y del amor que por la criatura sentía; pero a sus solas no se ocupaba para nada de ella. María de las Angustias tenía la certeza de que era ella sola la llamada a velar por su hija. Eso le daba mayor energía.

III

María de las Angustias salió a pie, la cabeza cubierta por el velo, y se deslizó por las calles más solitarias, en dirección al paseo de las Angustias, donde estaba el templo de la Patrona. Entró apresuradamente en las altas bóvedas llenas de sombras y se encaminó a la pila de agua bendita, buscando con los ojos algo que no tardó en encontrar. Un hombre estaba allí de pie y se adelantó a ofrecerle el agua, que ella tomó, rozando apenas la punta de sus dedos, y sin mirarlo hizo una ligera inclinación de cabeza y pasó presurosa, cuidando de no tropezar con las sillas y los reclinatorios que invadían todo el templo, para ir a arrodillarse ante el altar, donde, en su camarín, resplandeciente de luces, estaba la imagen venerada de los granadinos.

Se persignó, clavó los ojos en la imagen y quedó como hipnotizada por el brillo que desprendía la alta corona, la pedrería de su manto bordado, entre las luces y las flores del camarín. Parecía un triángulo la imagen, con la cabecita pequeña, acabando en un ángulo, y el ensanche fastuoso de las ropas de brocado. Su gesto triste mostraba su dolor y su miseria entre tantas galas, mientras posaba la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto, caído en sus brazos, como el niño que se acuesta en el regazo materno.

María de las Angustias quería rezar y pedir auxilio a la Virgen de su

nombre en su tribulación; pero su pensamiento se distraía. Sentía sobre su cabeza el calor de una mirada que se fijaba en ella, insistente, y su oración fluía de un modo mecánico, sin el ardor que hubiera querido poner en ella, y la confianza que el ser la divinidad una mujer dolorosa le inspiraba. Nunca un Dios risueño y feliz atraería a los desdichados.

Poco a poco se sentía adormecer, como consolada en la atmósfera del templo, de sombra espesa, con el olor especial de las iglesias, mezcla de incienso desvanecido, de cera quemada, de luces de aceite, de flores marchitas en los jarros y del vaho de las gentes que sin cesar entraban y salían con la piadosa costumbre de la visita a las Angustias, que era aún tan habitual en Granada.

Casi todas las señoras que volvían de los paseos paraban sus coches a la puerta de la iglesia, y muchas salían de sus casas, dando un momento de tregua a sus tareas, para cumplir con aquella consoladora visita. Se sentían más felices después de saludar a la imagen, cubierta de seda, oro y pedrería, inmóvil e inmutable, simbolizando el más agudo de los dolores.

No faltaba gran número de hombres entre la concurrencia. De allí habían salido no pocos matrimonios, entre personas que se conocieron en el templo o que se amaron o se reconciliaron al encontrarse allí.

Bien es verdad que, a pesar de la devoción, se daban los enamorados citas expresas o tácitas en el templo. Más de un amor culpable aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para sus entrevistas.

Resonaban los pasos de los visitantes de un modo atronador, con un ruido cóncavo, que se repetía y se quebraba en las aristas de las bóvedas. Los golpes de las sillas al moverse, de las puertas al cerrarse, formaban un estruendo que repercutía de nave en nave.

María de las Angustias seguía sintiendo la mirada de aquel hombre abrasarle la nuca. No sabía quién era, y ya llevaba un mes de encontrarlo allí todos los días. Iba por ella, no le cabía duda; le ofrecía el agua bendita al entrar y al salir, y oía luego sus pasos a distancia, acompañándola y protegiéndola hasta llegar a su casa.

La unía una gran simpatía a aquel hombre de fisonomía abierta, franca, y hermosos ojos oscuros y leales.

Nunca le había dicho nada y ella sabía que estaba allí por ella, que la conocía y la amaba. No sabía quién era él. Se indignaba consigo misma por aquella impresión que experimentaba; pero todos los días

encontraba disculpa para acudir a la cita. "¿Iba a dejar de ir a rezar a la Virgen?". Se proponía no tomar el agua que su desconocido le ofreciera y humillarlo con un gesto de orgullo y de altivez... Sin embargo, sus ojos lo buscaban y su mano se tendía para humedecer los dedos en el agua que él le ofrecía. Después, nada. No volvía la cabeza, no cambiaban una sonrisa, no se permitía él la más ligera familiaridad. Sólo el ruido de sus pasos, siempre a igual distancia, le advertía que era seguida. Sin darse cuenta, el recuerdo de aquel hombre acudía a su memoria como un consuelo, frente a las exigencias del marido. Se sentía como menos sola, como protegida por él, y tenía miedo de perder aquella impresión tan dulce.

-El día en que me hable lo rechazaré, y entonces él se irá y no volveré a verlo -pensaba con miedo.

Por estar cerca de él prolongaba su estancia en la iglesia. Escuchaba aquellas alabanzas que el sacerdote recitaba con acento mecánico a la pobre Virgen angustiada:

Rosa mística;
Torre de David;
Torre de oro;
Arca de la Alianza;
Puerta del cielo;
Estrella de la mañana;
Salud de los enfermos;
Refugio de los pecadores.

Y encontraba grato el plural de la súplica que repetían a coro, y que parecía unirla más y más al desconocido.

-Ruega por nosotros.
-Ruega por nosotros.
-Ruega por nosotros.

IV

Cuando salió, él no estaba allí. Se detuvo un momento para tomar el agua, como si esperase que viniera a dársela, y dejó el templo con el corazón triste y oprimido. Lo buscó con la mirada en la calle, y durante

el trayecto que la separaba de su casa volvió varias veces la cabeza.

-No está... No está... -pensó con dolor, y añadió, queriendo engañarse a sí misma-: ¿Qué me debe importar esto? Tiene que suceder.

Cuando entró en su casa fue al tocador, se quitó la mantilla y preguntó a la doncella:

-¿Y la niña?

-Está en el comedor, con el señorito.

Se sorprendió un poco de la rápida vuelta de su esposo, y aunque no dijo nada, la doncella debió adivinarlo, porque añadió:

-Ha venido con un señor que ha convidado a comer.

-¿Quién es?

-No lo conozco.

Entró en el comedor y tuvo que contener una exclamación de sorpresa. Él estaba allí.

Lo presentó su marido:

-Mi amigo Jaime González, un antiguo compañero, al que quiero fraternalmente y que no sabía que estuviese en Granada. Te ruego que lo trates como de la familia.

Ella tendió la mano y sus dedos se tocaron tan levemente como cuando le ofrecía el agua bendita.

Por fortuna la niña le alargaba los bracitos y María de las Angustias pudo esconder su rostro entre los vestiditos blancos y rosa.

Se sentaron a la mesa y Jaime habló con un reposo, con una naturalidad que le comunicó serenidad. Él era granadino. Sus padres, labradores ricos, lo habían enviado a estudiar a Madrid, con ese empeño de los labriegos andaluces de librar a sus hijos de la esclavitud de la tierra. Había vuelto a Granada después de quince años de ausencia, y no sabía aún si marcharse de nuevo o si quedar allí.

-Debes quedarte -dijo Alfredo con apresuramiento-. Yo me pienso marchar a Inglaterra y me iría más tranquilo si tú estuvieses aquí para velar por María de las Angustias y la niña.

Cuando sirvieron el café, Alfredo miró el reloj.

-Necesito marcharme. Tengo una cita... ¡Cuánto lo siento!... Pero tú, Jaime, puedes quedarte acompañando a María de las Angustias. Quiero que os tratéis como hermanos.

-Es para mí un honor -dijo Jaime, poniéndose de pie-, y te lo agradezco infinito; pero esta noche tengo yo también una ocupación urgente..., y ya iba a pedir permiso a esta señora para retirarme.

Se despidió y salió antes de que Alfredo pudiera detenerlo.

Él se volvió hacia su mujer.

-¿Has pensado en nuestro asunto?

-Sí.

-¿Estás dispuesta a darme esa firma?

-Todo lo contrario.

-¿Cómo?

-No quiero que te vayas de mi lado ahora.

Le lanzó una mirada altiva, desdeñosa, y él, a pesar de su cinismo, no se atrevió a insistir. Se veía descubierto en la intención que le había hecho llevar a Jaime a su casa. No era ya la primera vez que presentaba a su mujer amigos que pudiesen interesarla. Le estorbaban su pureza, su dignidad, el buen concepto social de que disfrutaba, para imponerle mejor su capricho y dominarla más. Si delinquiera estaría completamente a merced suya.

-Entonces se han acabado las contemplaciones -dijo con brutalidad-. Mañana mismo llevaré la niña al colegio. Nos iremos la semana que viene.

Ella lloraba, pero estaba resuelta a sufrirlo todo. Sentía que le interesaba Jaime; que si se quedaba sola al lado suyo no tendría fuerzas para dominar su pasión, y se asustaba de que llegase un día en que, cediendo a una sugestión cualquiera, pudiese perder aquella fuerza moral, en la que se refugiaba y se escondía, dentro de su propio corazón, como un consuelo supremo.

Sentía, además, un desencanto al ver a Jaime en su casa, amigo de su marido, tal vez igual a él en carácter y en costumbres. ¿Para qué había ido? ¿Pensaba que era una mujer vulgar en cuya casa podía introducirse para seducirla? ¿Era una nueva acechanza de Alfredo? De un modo o de otro, ella debía huir de aquel peligro. Era preciso seguir a Alfredo, ser la esclava de él.

-Déjame llevar con nosotros la niña -suplicó.

Él tuvo una sonrisa. Conocía que el amor de madre la haría más fuerte, y contestó con acritud:

-De ninguna manera.

María de las Angustias no pudo contener su dolor y cayó sobre la mecedora sollozando convulsivamente. Estaba hermosa en su agitación, con el desorden de sus ropas y los cabellos sueltos. Él tuvo una idea diabólica. Se acercó a su mujer, le separó cariñosamente las manos de la cara, la sujetó y comenzó a besarle apasionadamente los hombros, el escote, la garganta, buscando con los suyos sus labios y sus ojos. Ella se debatía, loca de terror, jadeante, forcejeando por escapar a las caricias y suplicando:

-No, no... Déjame, déjame.

Pero él la seguía oprimiendo de un modo brutal.

-¿Dejarte? Eres muy hermosa. Me gustas... Eres mi mujer. Me perteneces... Tienes que ser mía... Es tu obligación.

-No... No...

Trataba de escapar, arañando y mordiendo las manos de su marido. Él la dejó un momento, y ella empezó a limpiarse con el pañuelo la cara y la garganta, como si quisiera borrar los besos.

-¿Tanto te repugno?

Guardó silencio.

-Lo deploro, porque me siento enamorado de nuevo de ti. Reanudaremos la luna de miel.

Se acercaba a ella con un gesto apasionado.

María de las Angustias retrocedió. Había comprendido. Alfredo le iba a imponer la mayor de las torturas. Era mejor acceder a sus deseos de firmar la venta del cortijo. Que se fuera, que la dejase en paz, pasase lo que pasase; todo, menos aguantar aquellas caricias.

-No, Alfredo... Es imposible... Tú lo sabes... Yo no te amo.

-Yo te amo a ti... Me gustas... Eres mi mujer... Tengo derecho.

-Escucha, Alfredo. Tú deseas irte a Londres... Quieres mi firma para vender el cortijo de la Vega... Estoy pronta a dártela..., si me dejas en paz.

Él tuvo una sonrisa de satisfacción, y cambiando de aspecto, dijo:

-Bien. Como tú quieras. Pero ya ves que yo había desistido. Eres tú quien me arroja de tu lado.

V

La noche de luna iluminaba dulcemente el bosque de la Alhambra. María de las Angustias y Jaime habían entrado en él por la Puerta de las Granadas, subiendo la cuesta de Gomeles, y se habían internado por las avenidas que conducen al Generalife.

Se apoyaba ella en su brazo y andaba con paso perezoso, la cabeza sobre su hombro, ofreciéndole los labios, mientras caminaban bajo los altos robles, tan espesos y tan altos que parecían clavar en el cielo sus copas bañadas en la plata de la luna.

El agua de la Alhambra, ese agua que hilaron los árabes en los hili-llos de millones de surtidores, formaban la sonata de una orquesta de xilófonos, cristalinos y límpidos, al golpear la linfa contra las piedras y las ramas, en un acorde maravilloso.

Abajo, en el fondo de la bóveda de los árboles, la oscuridad era tan profunda que no se distinguían unas a otras las parejas que cruzaban, buscando el encanto y la soledad de la noche de la Alhambra, escudados por la seguridad de que se gozaba en la ciudad dichosa y honrada, donde se podían cruzar a media noche aquellos senderos solitarios sin peligro de un mal encuentro.

Los primeros días de la partida de Alfredo, los dos amantes habían evitado encontrarse. Luego, el deseo, más fuerte que su voluntad, les había obligado a buscarse, y desde el primer momento había mediado entre ellos una explicación franca, leal. Habían caído el uno en los brazos del otro de un modo natural, como esposos enamorados que se encuentran después de una larga separación.

Desde aquel día la vida se convirtió para María de las Angustias en un ensueño de felicidad. No sentía remordimiento alguno por entregarse a aquella pasión, moralmente desobligada de su marido. Se sentía alegre, tranquila, confiada, satisfecha de su felicidad y del amor profundo y honrado de que la rodeaba Jaime.

Un banco, en el claro de luna, los invitó al reposo. Se sentaron y ella le rodeó con los brazos el cuello, mientras él la enlazaba por la cintura. La blancura de la luna le daba una palidez de estatua, y sus ojos pardos brillaban como aguas marinas.

-¡Qué hermosa estás, María de las Angustias! -exclamó él- ¡Si vieras qué miedo tengo de ser tan feliz!

Ella desplegó una sonrisa húmeda y luminosa.

-No pienses más que en nuestro amor, Jaime.

-Por él es por lo que tiemblo. Si ese hombre volviese...

-Me separaría de él. Soy sólo tuya... Te juro que no le daría ni un apretón de manos.

-Te creo, porque te conozco. Lo que no me explico es cómo pudiste amar un día a ese hombre...

-No digas eso. Me creía amar, pero era sólo el amor lo que yo amaba. He pagado bien cara mi equivocación. ¡He sufrido tanto!

-No me lo cuentes. Yo he adivinado tus padecimientos, las exigencias de ese miserable..., sus malos tratos..., sus groserías. ¡Pobre alma mía! Quisiera poder amarte más para resarcirte de todo eso.

-Ya me has resarcido bastante. Lo he olvidado todo, como un mal sueño. En mi pasado, en mi presente, en mi porvenir, no existen nada más que tú... y mi hija.

-¿Y no ves cuánto hay en tu hija de su padre? A pesar de ser tan pequeña, manifiesta hacia mí y hacia ti misma una hostilidad peligrosa.

-Son las criadas, que le inspiran celos de mi cariño hacia ti. Ya ves que no es justo... Yo la adoro..., la adoro como si fuera hija tuya..., y lo es en realidad, porque era tuyo el ensueño de mi amor aun antes de conocerte.

-Y yo la quiero como una hija también, María de las Angustias; pero me asusta ver a lo que te expongo por mi culpa.

-¿Y por qué yo, que he sido víctima de una equivocación, que la he expiado con mis sufrimientos, no puedo formar un nuevo hogar feliz contigo, con el que amo, con el que me comprende y me hace dichosa?

-Es imposible, porque nuestras leyes no aceptan el divorcio.

-Pero si al menos pudiéramos lograr la separación... Yo no quiero el engaño. Sería incapaz de acariciar a mi marido y venderlo por la espalda. No le amo, y no lo oculto.

-Haces mal. Estamos en un mundo en que la lealtad se considera cinismo, impudicia.

-Y, sin embargo, la verdadera moral es la nuestra.

-¿Quién lo duda?

-¿Y no puedo yo pedir la separación?

-No, porque no hay pruebas y testigos de los malos tratos y de los vicios de tu marido.

-Pero tú sabes, todo el mundo lo sabe, que se emborracha, que me martiriza, que me arruina.

-No es bastante para probar la sevicia.

-Tiene una querida.

-No vive con ella.

-Está siempre con mujeres.

-Eso lo hacen todos los hombres, según dicen ellos.

-¿Y no es motivo el que yo te ame?

-Sería motivo para que él procediera en contra tuya. Te podría llevar al convento o al manicomio, que en los tiempos modernos ha venido a sustituirle.

-Pero tú me defenderías.

-No lo dudes: te defendería hasta morir o matar por ti... Con la ley no podría defenderte.

-¿Por qué?

-Porque la ley la hicieron los hombres y es toda contraria a las mujeres; aunque en algún caso como éste sea yo, hombre, la primera víctima.

-¿De modo?

-Que tu marido es un inocente y un hombre honrado contra el que nada puedes intentar, a pesar de arruinarte, envilecerte y maltratarte, pasando la vida entre borracheras y mujeres de todas clases.

-¡Es terrible!

-Y en cambio tú tienes el desprecio de la sociedad, porque rechazas a un hombre indigno y correspondes a un amor honrado. Estás a merced del capricho de tu marido, que puede hacerte condenar por adúltera, llevarte a un manicomio, arrancarte tu hija y tu fortuna, y hasta matarte, sin responsabilidad, acogiéndose al artículo 438 del Código Penal, que absuelve a los asesinos de sus esposas si ellas les son infieles.

Ella sintió un calofrío de terror; pero reponiéndose en el acto, se apretó, en un arranque de pasión, contra el pecho de Jaime, exclamando:

-Maridito, maridito mío: guárdame tú escondidita dentro de tu corazón, y no tendré miedo de nada.

La campana de la Vela, con su sonido lento y evocador, hacía estremecer el silencio del bosque, e interrumpía el martilleo rumoroso y cristalino del agua, avisándoles la hora del regreso. Por si esto no fuese bastante, una ráfaga de viento pasó como una ola invisible, haciendo balancearse los árboles con un rumor de papel de seda.

María de las Angustias se distrajo de su impresión, y, levantándose para regresar a su carmen, exclamó:

-¡Pobres ruseñores! Siempre que hay una noche de viento en la Alhambra tengo la impresión de que va a amanecer el bosque cubierto de pajarillos, que caen de los árboles, como caen las hojas de estos olmos, en las que hay más ruseñores que hojas. Tengo intención de rezar por los pobres pájaros, como se reza por los caminantes en noches de tempestad.

VI

En los primeros meses, María de las Angustias y Jaime se sentían inquietos y turbados. Se daban cuenta de que, a pesar de todo, el marido vivía cerca de ella, afirmando su personalidad en la casa.

Aunque el carmen perteneció a sus mayores, ahora era la casa de D. Alfredo Sánchez, a cuyo nombre iban dirigidos todos los asuntos. Hasta ella misma era ya como una propiedad suya. Angustias Lozano de Sánchez.

Lo que más hacía el hogar del marido era la hija, Pepita, que entre sus gracias infantiles sabía que decir que quería a papá *con los puños y los dientes apretados*, para dar idea de la vehemencia, y a Jaime lo quería *volado*. Lo que indicaba con el gesto de pasar las palmas de la mano, una contra otra, hacia afuera, como el que arroja al viento alguna cosa.

El ama seca ponía un cuidado especial en inculcar a la niña el culto al padre ausente y la frialdad a la madre cercana. Todo lo que le prohibían se lo prohibían en nombre de ésta.

-No se puede ir de paseo, porque la mamá no quiere.

-No se come dulce, porque la mamá no quiere.

-No se juega con las muñecas, porque la mamá no quiere.

-Hay que tomar la medicina, porque la mamá lo manda.

-Hay que acostarse, porque mamá lo ha dicho.

En cambio el padre era el dispensador de todas las gracias.

-Cuando venga el papá le traerá bombones a la niña.

-Cuando venga el papá llevará a la niña a pasear en coche.

-El papá le traerá á la niña unos muñecos muy bonitos.

-El papá la llevará al teatro.

-Este traje se lo ha enviado el papá.

Así la criatura se acostumbraba a pensar en el papá como en un ser fantástico y bondadoso. Rezaba ante su retrato, lo besaba, lo acariciaba y procuraba huir de la madre, que representaba todas las severidades. En ocasiones, cuando estaba presente Jaime, sobre todo, Pepita unía los brazos al cuello de la institutriz y no se dejaba acariciar por la madre, envolviendo a ella y a su amante en la misma mirada hostil.

María de las Angustias sentía una amarga tristeza.

-Mi hija también me condenará -pensaba; pero ocultaba su pensamiento, temiendo molestar a Jaime y decidida a sufrir todas las injusticias, con tal de conservar su cariño, aquella ternura, que la envolvía como agua de baño y la hacía tan dichosa.

-Tengo la certeza -le dijo un día a su amante- de que mi marido lo sabe todo y finge ignorarlo.

-Yo también; y esa actitud suya es lo que me asusta.

-No. El finge no saberlo con algún designio perverso, no hay duda; pero no le será fácil encontrar la prueba de nuestras relaciones, estando lejos. El testimonio de las criadas es de escaso valor, y de la demás gente nadie ha visto nada que nos pueda acusar. Que salgamos juntos y que vengas a casa, es natural, habiéndote dejado el encargo de que veles por mí. No existen cartas ni nada que nos condene.

-Es cierto; pero si él viniera, ¿dejaríamos de vernos?

-¡Claro que no!

-¿Dejarías que disfrutase sus derechos de marido?

-¡Ni pensarlo!

-Pues ahí tienes qué fácil le sería buscar y hallar la prueba para condenarnos.

-¿También a ti?

-También. Soy tu cómplice.

-Pero es absurdo que sea delito amarse y darse libremente. No ya sólo en este caso, sino en todos. No se puede consentir que las personas sean *propiedad* unas de otras por toda la vida, que lazos que crea el amor se impongan si el amor pasa.

-Claro. Tú llegas por la pasión al conocimiento de todas esas verdades; pero las gentes han legislado contra la Naturaleza, han creado intereses que la libertad ataca, y todo lo que estás diciendo asusta a los hipócritas como la cosa más inmoral del mundo.

-¡Qué felices deben ser las naciones donde existe el divorcio!

-Se cae en otros abusos; porque no hay ley mala si los hombres son buenos, y viceversa. Pero en todo caso es mejor que entre nosotros.

-¿Por qué no puedo yo pedir la separación?

-Ya te lo he dicho: no hay pruebas.

-Vicios, malos tratos, queridas, prodigalidad.

-Nada puede probarse en el grado suficiente.

-Pero tú puedes hallar algo, tienes talento, conocimientos.

-Que sólo me sirven para ver más claramente el peligro que corres.

-Yo he oído hablar de casos en que las leyes se han doblegado por una voluntad firme.

-Esos casos sólo se han dado en favor de los hombres. Jamás en favor de la mujer.

Le contó los casos extraordinarios de que un hombre casado se hubiese vuelto a casar allá en América, contando con las leyes de aquellos países libres, que se preocupan más de la población que de la legalidad de las uniones que la producen.

Otro se había casado en Suiza, perdiendo la nacionalidad española, para acogerse a las leyes que permiten el divorcio por incompatibilidad de ideas.

-Es decir, que un hombre decidido -concluyó- puede burlar las leyes, hacer lo que le dé la gana, casarse si le parece; pero las mujeres, no. Hasta en estos casos en que ellos se han libertado, ellas siguen casadas y sometidas a su potestad.

-Eso es un absurdo.

-Pero es así. Sobre todo, para las mujeres ricas.

Le contaba casos en los que el dinero, móvil de casamientos sin amor, era el factor más importante. No era sólo Alfredo. Maridos que pasaban por serios, por respetables, que ocupaban cargos en la política y en la banca, habían aprovechado la infidelidad de sus mujeres, a veces hipócritamente provocada por ellos mismos, para deshacerse de ellas. No les convenía pedir el divorcio, al que sólo recurrían los maridos de mujeres pobres, que deseaban verse libres de su carga. No eran tampoco esa clase de maridos de mujeres ricas de los que llegan al crimen pasional, como los pobres hombres enamorados e ingenuos que se sentían traicionados cuando menos lo esperaban. Ellos se valían fríamente de la ley, para enviar las esposas a un convento, o bien para considerarlas dementes y relegarlas a un manicomio. No faltaban algunos que tendían hábilmente su red para cogerlas *in fraganti* y matarlas sin responsabilidad, después de pasar días y días en acecho, con premeditación y alevosía. A veces estaban entendidos el esposo y el amante para tender una lazo a la pobre mujer. De un modo o de otro, los esposos se quedaban dueños de los bienes y libres para vivir a su capricho.

Asustada por estos ejemplos, María de las Angustias no tenía más deseo que conservar a Alfredo lejos de ella. Quería que fuese feliz, que todo le saliera bien, que se divirtiera y amara a otras mujeres que borrasen su recuerdo.

Por eso no se atrevía a negarse a las constantes peticiones de dinero y de firmas para seguir enajenando sus propiedades.

Cada dos meses llegaba una de aquellas cartas, que María de las Angustias le ocultaba a Jaime: "Si quieres que siga haciendo el sacrificio de estar lejos de ti -le escribía- para salvar nuestra fortuna, envíame, *inmediatamente y sin vacilaciones*, la autorización de venta de tal o cual propiedad. Si no, me veré precisado a poner fin a esta situación y regresar a tu lado. No te quejes de lo que suceda".

La joven leía entre las líneas de aquella carta el pensamiento de Alfredo, la amenaza envuelta, en la que le daba a entender que lo sabía todo. Comprendía que si se negaba acabaría su felicidad, y así, sugestionada, obedecía siempre a sus demandas, creyéndose segura y dueña de sí mientras no se negase a sus deseos. Era como un contrato establecido entre los dos, por el que ella le compraba su libertad y se sentía tranquila, feliz, encantada del reposo y la dulzura de aquel amor de Jaime hecho de ternura y de bondad.

VII

Así, poco a poco, los dos amantes habían olvidado sus temores. Se habían acostumbrado a convivir, como si fuesen un verdadero matrimonio, sin darse cuenta de lo que existía de anormal en su situación.

Habían llegado a olvidarse del marido. Éste no existía para ellos, no tenía razón de existir. Cada vez pasaban más tiempo juntos y con menos recato.

Se habían ido acostumbrando a hacer la vida en común sin darse cuenta. Él se quedaba en el carmen a almorzar y a comer, la acompañaba todo el día y se pasaba la noche a su lado. Sólo, por un resto de pudor ante los criados, salía Jaime por la mañana, cuando todos dormían aún, para volver cuando se habían levantado. No veía la especie de hostilidad de toda aquella gente, que se creía humillada con la falta de respeto al dueño; algo así como si la señora les faltase a ellos también y creyera que los engañaba con aquella hipocresía, cuando, después, veían a Jaime entrar en su alcoba, y pasar el día cerca de ella, con una intimidad que no se cuidaban de disimular.

Ninguno de los dos parecía conceder importancia a la atmósfera que se iba haciendo en torno suyo. Se operaba una reacción en favor de su marido. Ya no se hablaba de sus vicios y sus groserías.

-¡Pobre hombre! -decían las comadres en sus murmuraciones-. Lo habíamos juzgado mal. Ha tenido que irse y dejarla por no poderla sufrir.

-Pero ella no era así antes -solía decir alguna.

Entonces otra se acercaba para decirle una palabra al oído y le preguntaba después.

-¿Sabes?

Era monstruoso que una mujer se negara a pagar *el débito conyugal*. ¿Para qué se había casado? Las mujeres que no cumplen su obligación son las responsables de cuanto puede hacer el marido. Seguro que si se confesara no le echarían la absolución.

-Y teniendo una hija -decían, en el colmo del escándalo.

Todas habían dejado de ir a visitarla, y volvían la cabeza para no saludarla en la calle. Se sentían felices de poderse vengar de la superioridad de su belleza, con la superioridad de una virtud que no existía a veces

más que gracias al misterio en que envolvían sus deslices o por la fealdad que las había hecho respetables.

En cambio, los hombres se atrevían a dirigirlle miradas y frases des-acostumbradas, con unas risitas que parecían aguardar su turno.

A veces el rumor de las injurias llegaba a oídos de los amantes.

-La gente es desconsiderada y cruel -decía María de las Angustias-. Ya, porque me ven feliz, no se acuerdan de todo lo que yo he sufrido. Ahora todos compadecen al *pobre marido* y a *la pobre hija*. No ven cómo él primero ha pisoteado mi corazón, mi alma; cómo ha roto una a una todas las ternuras que se abrían para él en mi espíritu; y lo que más me indigna es que tomen como pretexto para tener razón el nombre de los hijos. Se habla del amor a los hijos para oponerlo a la pasión, sin ver lo distintas que son ambas cosas. Los hijos no nos pueden amar, no nos aman nunca. Pequeños, son incomprensivos, están fuera de nuestros sentimientos y de nuestra vida. Mayores, se separan por el egoísmo poderoso de los suyos. Los adoramos, los protegemos, pero es una pasión toda abnegación, sacrificio, sin reciprocidad. No es en el corazón de los hijos donde puede reposar nuestro corazón agitado; no pueden ser los compañeros en esta época de la vida en que ellos son niños ignorantes y la pasión enciende nuestra sangre. Así como nosotros no los comprendemos después. ¿Para qué ese absurdo de pretender que la maternidad borre nuestra ansia de amar?

-No es preciso que hagas estos razonamientos delante de mí, María de las Angustias; no necesitas justificarte a mis ojos. Yo te comprendo y te respeto tanto como te amo. Son los otros, los empedernidos, los que no se convencerán nunca. Se puede tocar a todo lo que hay de más respetable en las viejas creencias de la humanidad, con tal de no tocar a la organización de la familia, baluarte de los hipócritas, que se atrincheran en él.

-Bueno. ¿Y qué más me da con tal que me quieras tú?

-Ya sabes cómo te adoro.

-Eso me hace tan feliz, que en vez de sentir rencor por todas esas pobres gentes que me censuran, siento una gran piedad. Ellas no son amadas como yo. No conocen esta inmensa felicidad de un cariño como el nuestro.

Todo contribuía allí al optimismo: el ambiente de la ciudad clara; la Naturaleza propicia al amor que se respiraba en el carmen. Era la casa

hecha para no tener que salir a la calle, para aquella vida moruna y sedentaria. Rodeada de jardín, con jardín en todos los pisos, según la costumbre árabe, aprovechando los desniveles del terreno, todas las habitaciones tenían en las paredes multitud de hornacinas, para colocar ramas de flores y alcarrazas, que daban un aspecto de juventud y alegría.

No salían a la calle las mujeres más que en contadas ocasiones. La belleza estimada era la de las mujeres metiditas en carne, con la piel muy blanca y los cabellos muy lucientes, como las creaba la vida de inmovilidad.

Paseaban por los jardines, y mejor aún por los terrados. La construcción de las casas con terrados era característica de Granada. Lo mismo son en los cortijos de la Vega, en el Albaicín y en las calles pobres de la ciudad; mujeres, hombres y chiquillos desgachados y harapientos buscaban la solana o la umbría, según la estación, para tenderse en su pereza, contemplativa en apariencia, pero vacía en realidad, sin pensamiento alguno, felices de no sentir su vida y de sentirse vivir. Las mujeres ricas o acomodadas vivían en los terrados y azoteas, donde se ocupaban en una labor que no se acababa nunca, o en la lectura de un libro que se llevaba meses. Los maridos se iban al café, a conversar con los amigos, y ellas pasaban la vida en sus terrados o en algún rincón del patio-jardín, en su pereza y en su hastío.

María de las Angustias estaba como redimida de ese ambiente. Ella y Jaime pasaban dulcemente la existencia en aquel fondo de casa, donde todo les era conocido y familiar. Se sentían dichosos frente al optimismo de las mañanas claras, en el cenador rodeado de madre selvas y de jazmines, esos jazmines blancos, perfumados, de Andalucía.

Veían a un lado tenderse la Vega, fecundada por el Darro y el Genil, con la exuberancia de los bancales de hortalizas en su sazón, y los campos de mieses que comenzaban a madurar. A su espalda se destacaba el bosque de la Alhambra, como una mancha de verdura, rodeado de las murallas y torreones, centinelas de los palacios que guardaba en su centro.

Allá, a lo lejos, en el fondo, la Sierra Nevada, azul pizarra, con el blanco sudario de la tumba de Muley-Hassen en su cima, se confundía con el cielo. Había algo de muy pasional en el ambiente. Aquella naturaleza fuerte, montañosa, incitaba a la pasión. Se respiraba una atmósfera de sensualidad en el olor de las flores, entre cuyos pétalos se incubaba

ba la semilla reproductora. Era todo un poema de pasión de las plantas, que se fecundaban enviándose a distancia besos de polen, de los nenúfares que subían a la superficie de los estanques para cumplir bajo la luz de las estrellas el misterio de su fecundación. Era todo madurez y plenitud en aquel otoño espléndido. Las higueras, henchidas de savia lechosa, esparcían su olor tónico, cargadas de higos, que se partían y dejaban escapar gotas de almíbar, donde se engendraban millones de mosquitos.

Libaban las guerreras abejas de cobre la miel que se escapaba de las flores y las frutas maduras; abrían las alozas sus conchas de veludo para mostrar la madera endurecida que cubría su fruto; las vides, con las ubres de los racimos llenas de zumo, doblaban los sarmientos bajo su peso; se partían las granadas maduras, con sonrisa de coqueta que entre labios jugosos muestra la simetría de sus dientes; los olivos dejaban caer en torno la aceituna, con fuerte olor a óleo; mostraban los maizales la esbeltez de sus cañas, coronadas del florón de sus cabos, llevando en cada nudo una panocha vestida de seda y cubierta por el manto de estameña, bajo el que se vislumbraban las cabelleras de oro.

A la orilla del río gemían los cañaverales, con su melancólico rumor de hojarasca, y los sauces, los enamorados del agua, eternamente atormentados por alcanzarla, tendían hacia ella las largas hojas, tentáculos sedientos y ansiosos en su tormento insaciable.

Jaime, hijo de labradores, acostumbrado al campo en su infancia, conocía todas las plantas y experimentaba la influencia del encanto de la Naturaleza, con un deseo de quedar siempre allí, cerca de María de las Angustias, en el ambiente apacible y sano.

-El único defecto de esta casa -decía- es el estar aún demasiado cerca de la ciudad. Es la proximidad de las gentes ciudadanas lo que nos estorba para ser dichosos.

-Yo vivo como si no existiera nada en torno mío más que tú. Eres lo único que llena toda mi vida -respondía ella.

Y en un olvido completo de su situación, hacían planes para lo porvenir.

-¿No te irás nunca de mi lado? -preguntaba María de las Angustias.

-Nunca. Me estableceré en Granada y viviremos juntos siempre.

Había en el fondo de los dos como una seguridad de que Alfredo no volvería. El no amaba a su mujer, se conformaría con tener su dinero; y una vez arruinada no pensaría más en ella. Tenían como la impresión de

que un día iban a ser libres y dueños de unir legalmente su destino. Se consideraban ya esposos, unidos por un verdadero amor, por una ternura en que entraban todos los matices de la pasión y de la dulzura de un cariño protector y familiar.

Jaime se ocupaba de la educación de la niña, de sus maestros, de sus estudios, como si se tratase de su propia hija; aconsejaba a María de las Angustias, enseñándole la ciencia de la vida, que ella ignoraba, para conducir su casa y sus asuntos.

Habían hecho el sacrificio de la fortuna de la joven para lograr su tranquilidad; pero Jaime se ocupaba de salvar y hacer producir las cantidades que ella podía economizar para lograr una renta segura y modesta que la pusiera a cubierto de la miseria el día que la disipación de Alfredo la llevase al desastre final.

-Esto es sólo por tu hija -le decía-; para ti seré yo dichoso trabajando y nada te faltará.

A pesar de su seguridad, de vez en cuando sentían un vago temor.

"¿Convendría alguna vez a los planes de Alfredo volver cerca de su mujer?", se preguntaban a veces. "¿No habría algo que le instara a querer deshacerse de ella?", pensaban otras.

Sin embargo, la vida, poderosa y avasalladora, en su juventud y su pasión, los hacía olvidar todo temor para entregarse a la embriaguez de su cariño, sin pensar en nada que no fueran ellos mismos.

-Después de todo -se decían-, no habrá nada capaz de separarnos, y eso es lo único que nos interesa.

Se sentían capaces de defenderse de todo y contra todos escudados por la fuerza de su pasión.

VIII

La noche, blanda y apacible, era calurosa como noche de verano, sin que nada hiciese sospechar aún la dureza del invierno, con sus nieves y sus fríos.

Cerradas ya la verja y las puertas, María de las Angustias miraba desde la ventana de su alcoba el jardín iluminado por la luna, cuya luz blanca formaba con las sombras misteriosas combinaciones. Daba al paisaje un tinte melancólico de misterio, con la luz propicia a los fantas-

mas. En ocasiones se creía ver cruzar sombras por los senderos solitarios, junto a las tapias y la verja.

Se volvió un poco medrosa; la casa estaba envuelta ya en sombra y silencio, a pesar de la hora temprana; aquella velada le había parecido interminable.

Jaime había tenido que salir para un asunto urgente, cosa que le acontecía pocas veces. Había cenado sola. Trató de leer un rato, entró en la habitación de su hija, que dormía sosegadamente en su camita, cerca del lecho del ama seca, y le dio un beso en la frente.

Inquieta, como atormentada por un presentimiento vago. Se retiró a su alcoba. El aspecto del jardín aumentó su malestar.

-Mejor es acostarme -pensó- y esperar que venga Jaime.

El tenía las llaves para poder llegar a su lado.

Se quitó el sencillo traje de casa y se puso la ligera bata de noche, de batista blanca, que se rosaba con la transparencia de su carne, y empezó a deshacerse el peinado ante el espejo. Se sonrió, satisfecha de sentirse hermosa, mucho más hermosa que en su adolescencia, con la belleza de la juventud en todos su fuerza y esplendor.

Había ganado en belleza desde la partida de Alfredo. El amor satisfecho prestaba nueva lozanía a su cuerpo, gallardo y gracioso, al que se asociaba la idea de los claveles andaluces. Tenían sus ojos un brillo de dicha y sus ojeras un halo romántico en el que se grababan sus goces de enamorada, para prestar un mayor encanto a su mirada.

Conservó puestos los pendientes, el collar y las sortijas; se perfumó con esencia de jazmín, y dejó encendida la luz, velada de rosa, que esparcía un tono suave sobre las cosas. Por las vidrieras de colores de la ventana entraba la claridad de la luna.

Se adormecía sin quererse dormir. Su amante no podía tardar y sabía cómo él la encontraría hermosa y la envolvería en su cariño.

De pronto creyó oír el ruido de la verja que se abría..., unos pasos..., un cuchicheo... Después, nada...

-¡Jaime!

Llamó con tono quedo y como asustada del eco de su propia voz en el silencio; se tapó la cara con la holanda y los encajes de la sábana. No quería ver las vidrieras, por donde le parecía que un espíritu invisible la acechaba; y al poco rato se adormeció de nuevo, riéndose de sus temores.

Esta vez estaba cierta. Se abrió la verja y resonaban pasos quedos. Escuchó la voz de Jaime:

-María de las Angustias.

-Cuánto has tardado, Jaime mío.

No tuvo tiempo el joven de responder. Se quedó atónito ante la expresión de terror con que María de las Angustias se incorporaba en el lecho, con la mirada fija en la puerta por donde él había entrado.

Se volvió con rapidez y apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía: Alfredo estaba allí, con el revólver en la mano.

Entonces él, que era valeroso, se sintió contagiado por aquella corriente de pánico que le enviaban los ojos abiertos, inmóviles, extraviados, de María de las Angustias.

No era un hombre lo que tenía frente a sí. Eran la ley y la sociedad toda hechas carne. ¡Era el marido! Sin darse cuenta, de aquel modo intuitivo y embrionario, en el que los pensamientos acudían en tumulto sin la serenidad del juicio, sentía la influencia de verse ante *el marido*. No era un hombre que lo atacaba y contra el que podía defenderse. Aquel hombre calmoso y frío, con el revólver en la mano, tenía esa fuerza de la Guardia civil, contra la que no puede defenderse el criminal. No había defensa posible; el marido fusila, no se desafía.

Por un momento quiso correr hacia María de las Angustias. Pero, ¿acaso no sería mejor dejarla con su marido? Entre el tumulto de pensamientos vagos, de cosas planteadas con la velocidad del rayo en su cerebro, no concebía que no se impusieran la gracia y el amor de María de las Angustias, que no le inspirara piedad, un recuerdo de amor a la esposa y a la madre de su hija. Creyó que tendría una compasión para ella que no le inspiraría él jamás.

Aquellos momentos en que se ha planteado la vida de ese modo precipitado, confuso, pero preciso, con que se plantea la vida en los momentos graves, le hace ver todo el horror de su situación. No tiene armas, no está prevenido y preparado para la escena, como lo está el público que después lo ha de juzgar; pero es inútil defenderse, está irremisiblemente perdido. Si él matara no mataría en legítima defensa, resultaría un asesino con agravantes.

Suena un disparo; después, otro, otro... Un resplandor de relámpago, olor a humo de pólvora... Ha sentido pasar algo tibio silbando cerca de él. Experimenta el ardor de una quemadura en la mejilla derecha y en el costado.

Le acomete un miedo cerval, inevitable... El instinto de conservación imponiéndose a todo... Siente salir su sangre y cree que su rival lo ha matado... Entonces se vuelve, huye atropelladamente, como el ladrón que se ve sorprendido en casa ajena, loco de dolor y de vergüenza.

En cuanto llega a la calle y se serena siente el impulso de volver, de acudir al lado de María de las Angustias. Tiene la visión confusa de haberla visto caer inmóvil en el lecho, sin pronunciar una palabra, con el cabello revuelto y su hermoso cuerpo desnudo y blanco, apenas cubierto por la camisilla de encaje, y algo muy rojo en el pecho... un puñado de rosas rojas.

Entre tanto, la sangre salía de sus heridas, las fuerzas le faltaban y cayó desvanecido en medio de la calle.

IX

El fallo de los Tribunales fue condenatorio para Jaime y absolutorio para el marido. Alfredo estaba incluido, por entero, en el artículo 438. Había matado para lavar su honor mancillado, en el paroxismo de la pasión y de los celos, exasperado al descubrir la traición de su mujer y de su amigo. Era un gesto gallardo y simpático en un país que conservaba el espíritu calderoniano.

Fueron inútiles todos los esfuerzos del defensor de Jaime, verdaderamente empeñado en hacer brillar la verdad. La ley, promulgada por hombre, favorecía siempre a los hombres y humillaba a las mujeres. Ningún artículo del Código les daba a ellas aquella facilidad de asesinar a los infieles; ni siquiera el funesto artículo 438 decía: "Cualquiera de los dos esposos que sorprendiera en adulterio al otro", sino: "El marido que sorprendiese en adulterio a su mujer". Era sólo un privilegio masculino. Los jueces se cuidarían mucho de no quebrantar aquel principio de autoridad que era como su privilegio, la lección indirecta que daban ellos mismos a sus propias mujeres.

Alfredo no tuvo que entrar en la cárcel: puso fianza con el dinero de la muerta.

Fue en vano que se trajesen al tribunal pruebas y testigos de los vicios del marido, de sus borracheras, de su comercio con las hembras más

bajas, de los malos tratos dados a su mujer y de la dilapidación de su fortuna. Todo aquello no tenía importancia; eran cosas de hombres, sin la gravedad que una falta femenina.

Cuando el acusador sugirió que Alfredo había facilitado la prostitución de su mujer presentándole a su amigo y marchándose al Extranjero, vendiendo sus derechos por la firma para enajenar las fincas, la indignación de la sala llegó al límite. "¡El pobre hombre, que se había ido a trabajar confiado en su amigo y en su esposa!".

Fue un telegrama del ama seca el que le avisó y le hizo volver para sorprender a los amantes. En vez de confiar su querrela a los Tribunales, se ocultó, preparando el crimen con premeditación y alevosía más de una semana, siempre con la vista fija en la impunidad que el artículo 438 le ofrecía.

El Jurado, aquella institución incompleta y defectuosa, porque no formaba parte de ella ninguna mujer, sentía indignación contra el atentado a la santidad de la familia. Estaba de parte del marido, sin reparar en sus vicios y malos tratos, que eran cosa corriente entre la masa popular, en cuya atmósfera vivían.

Hasta la opinión pública, excepto una minoría de gentes de moral superior, era favorable al marido. La burguesía estúpida está siempre de parte del hombre que mata. Las mismas mujeres, en vez de estar unidas por un sentimiento humano de solidaridad de sexo y de ser comprensivas con sus propias pasiones, se ponían de parte de Alfredo, a impulso del odio y de la envidia que les inspiraba la mujer hermosa y triunfante, amada. Las estúpidas, las orgullosas de una virtud inatacada, las biliosas que no sintieron una pasión espontánea y noble jamás, y sobre todo las feas, eran las enemigas de la mujer blanca y desnuda que proclamaba con su muerte, por cima de todo, el triunfo del amor.

La moral hipócrita triunfó. Alfredo, absuelto, dueño de la fortuna de su víctima, en poder de la patria potestad para educar a su gusto a su hija, podría pasar por un hombre honrado al que no faltaría quien estrechase la mano, como no le había faltado abogado capaz de defenderlo.

Jaime, condenado a presidio como cómplice de María de las Angustias, aparecía como el culpable de todo, deshonorado, como un mal amigo y como un hombre que se proponía vivir a expensas de la fortuna de su amada. Los valores de ella, que pretendía salvar de la prodigalidad de Alfredo, constituían una acusación.

Su huida, tan justificada y tan humana, en el momento de peligro, lo hacía más impopular. Las gentes vulgares tal vez se hubiesen dejado seducir por un acto de temerario valor.

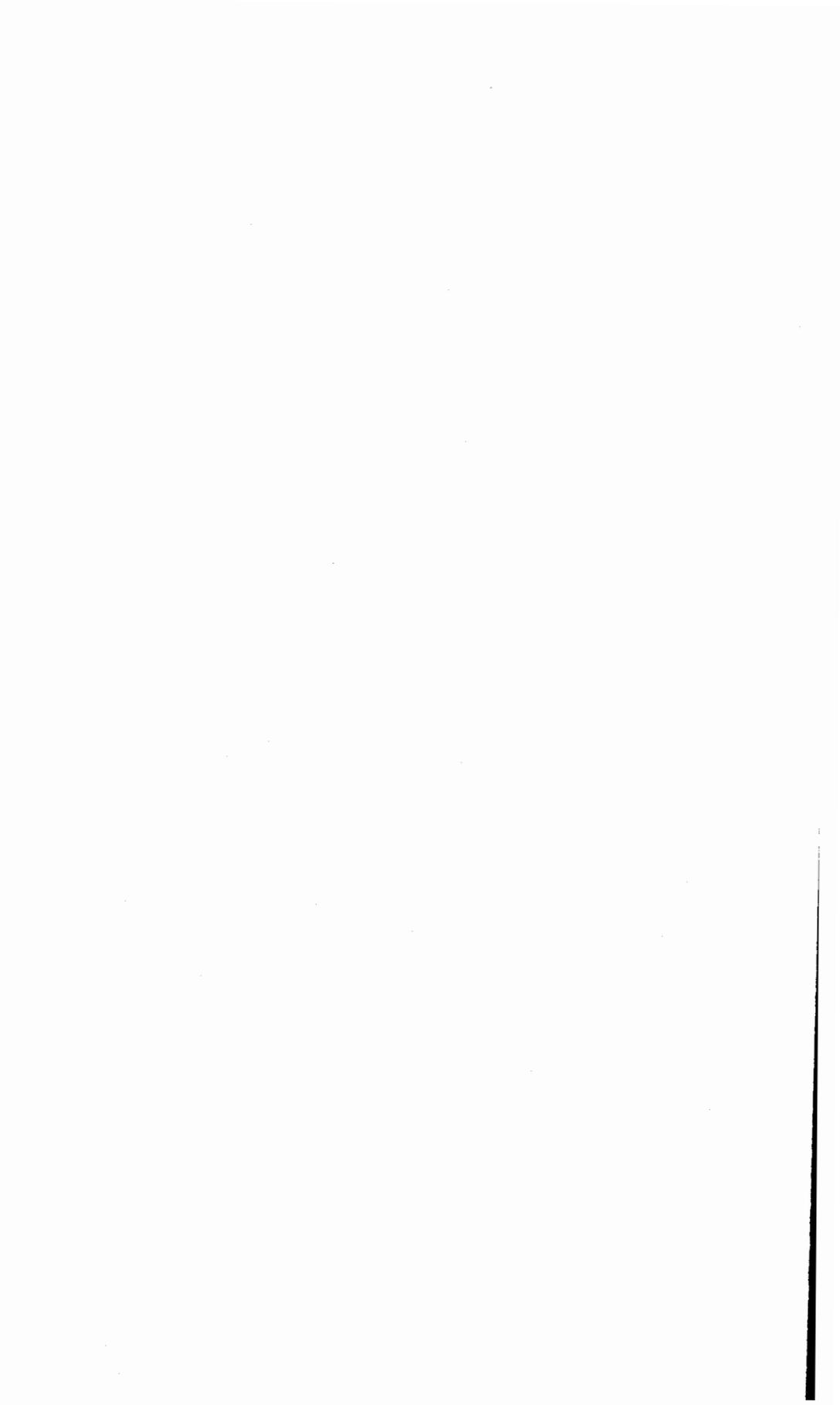
Y Jaime fue a presidio, con una indiferencia que demostraba el dolor inmenso que la pérdida de aquella mujer tan amada y tan interesante le causaba.

Vestido con la blusa de presidiario, con la cabeza rapada, revuelto en el montón anónimo de criminales, se sentía más tranquilo, casi más feliz, que en la soledad que el mundo había hecho en torno suyo.

Le parecía vivir en el penal un segundo idilio, con los recuerdos de aquella mujer y de aquel amor a los que la fuerza del crimen daba un valor magnífico.

Había puesto toda su alma ahora, de un modo definitivo, más intensamente que en su verdadero idilio, en el amor de María de las Angustias. Quería conservar eternamente, para el goce que le causaba su tormento, la visión del cuerpo desnudo y blanco, con el seno ensangrentado, que se quedó esperando su último beso.

Veía con miedo pasar los días, para volver a la libertad, porque se hacía la ilusión de que iba a volver a encontrar a María de las Angustias, y tenía miedo a verse frente a la realidad. En la libertad tendría más la certeza de su muerte. Él llevaba en su conciencia el convencimiento del crimen horrendo, de la infamia de un marido que había podido hacerlos víctima, empleando ese arma absurda que ofrecía a la inmoralidad y la codicia aquel funesto artículo 438, vigente aún en el Código Penal, como invitando a causar nuevas víctimas.



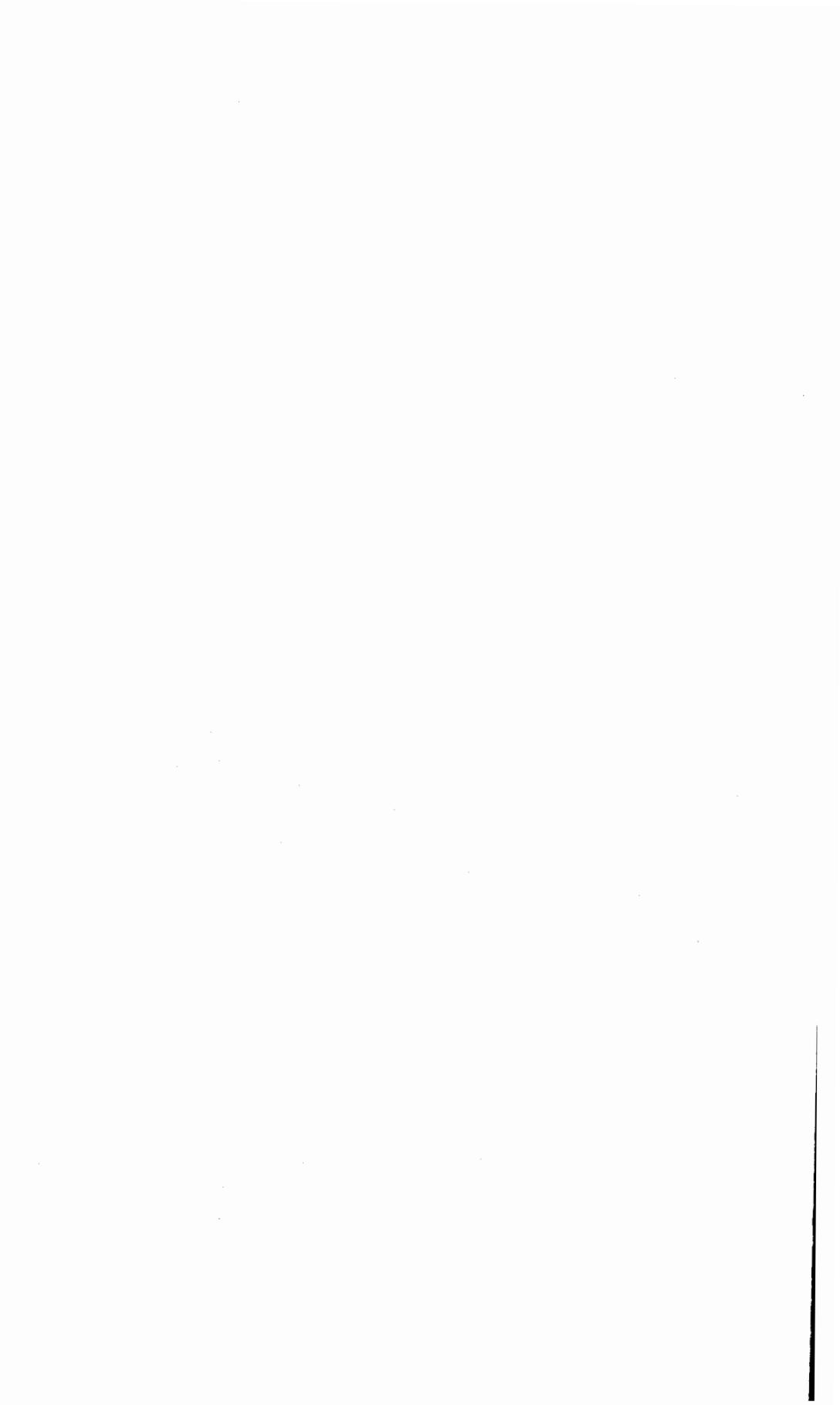
PUÑAL DE CLAVELES

Carmen de Burgos "Colombine" publica en 1931 en *La novela de hoy* su relato breve *Puñal de claveles*, basado en el trágico suceso acaecido en Níjar que inspiró a Federico García Lorca sus *Bodas de sangre*, aunque contado por la escritora almeriense desde una perspectiva distinta.

En 1927 un joven enamorado de su prima la rapta en vísperas de la boda de la muchacha, pero durante la huida ambos son encontrados por el hermano del novio, quien acaba matando al raptor durante el transcurso de una pelea entre los dos hombres. Esta es la historia que la escritora almeriense va a transformar en una ficción en la que tan importante como la narración de los acontecimientos lo será su móvil, el *puñal de claveles*, dotado de gran carga simbólica.

Hay que destacar el interés de la autora por describir minuciosamente las costumbres, los espacios y ciertas facetas de la personalidad de los protagonistas, pues todo ello actúa en su conjunto como desencadenante de los hechos.

Finalmente, y en coherencia con su oposición a los lazos legales que convencionalmente unen a personas que no se aman o se han dejado de amar, vuelve Carmen de Burgos sobre el tema de la libertad para vivir este sentimiento, y evidencia mediante el desenlace de su obra su propia opinión sobre el tema.



Puñal de claveles

I

LA PRIMERA AMONESTACIÓN

La tarde, de primavera, estaba llena de promesas de fecundidad. El campo ofrecía ya la plenitud de la cosecha con las mieses que comenzaban a enrubiar y mecían las espigas de granos hinchados y lucientes.

Un intenso olor a día de primavera lo envolvía todo de un modo penetrante.

Después de los días grises del invierno reseco, árido y triste, se dejaba sentir con más fuerza el despertar de la Naturaleza en pleno campo, como si se escuchasen las pulsaciones de un corazón que cobraba nueva vida con la circulación de la savia que lo reanimaba todo.

Pura apareció en la puerta del solitario cortijo, puso la mano derecha como toldo a los ojos y tendió la vista a lo largo del camino, que se extendía zigzagueando entre los declives de las montañas.

Se veía avanzar por él una burra cargada con capachos, sobre los que iba colocada una arqueta de madera. A su lado, un hombre, varilla en mano, parecía ayudarle a andar, más que arrearla, para que continuase su camino.

- No me había engañado -murmuró la joven.

Se volvió hacia el interior de la casa y llamó con voz alegre:

-¡Madre! ¡Cándida! ¡Isabel! Por ahí viene el tío Santiaguico.

Se oyó un rumor de crujientes faldas almidonadas, y otras dos jóvenes llegaron al lado de Pura, con expresión contenta y curiosa.

El buhonero que llegaba tenía fama de llevar de cortijo en cortijo las mercancías más bellas, que cambiaba por recova.

La madre apareció detrás.

-Esto es una plaga. Estas gentes no nos dejan parar. Desde que se sabe que se casa Pura parece que se han dado cita aquí.

Los perros comenzaron a ladrar y fingir furiosos ataques en dirección del lugar por donde se aproximaban el hombre y la caballería.

La voz de Pura se elevó imponiéndoles silencio:

-¡Zaida!" "¡Sola!" ¡Aquí!

Las dos perras se acercaron, mansas, a tiempo que llegaba el vendedor, al que su pequeña estatura valía la disminución de su nombre:

-¡A la paz de Dios! -dijo.

Y la madre respondió:

-¡Dios te guarde!

En seguida, Santiaguico se dirigió a la burra y comenzó a descargarla, no sólo de la arquilla, sino de los aparejos.

La hospitalidad del campo de Níjar exigía que el viajero se quedase a dormir en el lugar donde se le ponía el sol, ya que la distancia de cortijo a cortijo era siempre larga.

Se viajaba así sin pagar posada. Un pienso de paja para la bestia y la ración de comida para el hombre eran como una cosa obligatoria. Nunca faltaba un rincón para que durmieran los improvisados huéspedes; en el pajar, durante el invierno; o entre la mies de la era, en el verano.

Debía estar acostumbrado Santiaguico a pernoctar en el cortijo del Monje, porque no vaciló en llevar la borrica a la cuadra y en colocar los aparejos sobre un poyo de piedra cercano a la puerta.

Una vez hecho esto penetró con la arquilla en la cocina de arco, que era la primera pieza de la casa.

-No te canses en enseñar nada -dijo la madre-. Ya te advertí el otro día no vinieras en mucho tiempo. Pura lo tiene todo comprado.

-A las mujeres les falta siempre algo. Traigo preciosidades. Usted no tiene más hija que esa, tía Antonia. No sea roñosa, que no se va a llevar el dinero al otro mundo.

Mientras hablaba había abierto la arqueta y aparecía ante las jóvenes toda la bisutería y las baratijas que la llenaban. Isabel llamó:

- Rosiya, Encarnación.

Acudieron otras dos muchachas, en refajo y con los pies descalzos, pero admirablemente peinadas y con ramos de alhelíes blancos en la cabeza.

Las cinco jóvenes aproximaban sus cabezas, morenas y graciosas, para contemplar el fondo de la arquilla.

Había allí botones de nácar y de metal brillantes; imperdibles y alfileres con piedras raras; aretes de pasta roja y de latón; anillos, collares de coral y de cuentas de vidrio; puntillas y listones de todos los colores. Una porción de nonadas que miraban con embeleso y que atraían también la atención de la tía Antonia, aunque ella no quisiera dejar ver su impresión, pues pocas personas tenían tanta noción de su importancia de labradora rica.

Estaba satisfecha de su gordura, que le impedía casi moverse, y le hacía andar naneando como un pato, porque le parecía una cosa señorial. Desde que engordó, su carne parecía haberse rejuvenecido, y su piel, estirada y brillante, causaba la envidia de las mujeres de la comarca, la mayoría de ellas cetrinas y acartonadas, como si estuviesen curtidas, y sus carnes formasen al esqueleto una corteza de piel dura, en la que se veía tallada la red de los nervios.

Desde que llegó a las diez arrobas tenía fama de belleza. El instinto moruno de los campesinos andaluces hacía residir la hermosura en la frescura de la carne. Jamás se decía que era guapa una mujer extremadamente delgada y, en cambio, ante la obesidad, solía exclamarse un admirativo: ¡Dios la bendiga!

Pura tenía fama de guapa, y, al decir de las gentes, prometía parecerse a su madre. Pero por el momento no se le asemejaba en nada: Tenía una belleza carnosa, escultural, con la tez muy blanca y los ojos tan azules que parecían teñidos de añil, en contraste con la negrura de cejas, pestañas y cabellos.

La conciencia de su hermosura y de la riqueza de su padre, uno de los labradores más acaudalados del contorno, la habían hecho coqueta y caprichosa; pero había acabado por acarrearle un sentimiento de tristeza.

Estaba satisfecha su vanidad; triunfaba en los bailes sobre todas las otras y se sentía envidiada de las mozas y deseada de los mozos. Veía llegar a su cortijo, montados en soberbios caballos o magníficas mulas, a

todos los jóvenes casaderos para solicitar su amor. ¿Pero qué valía todo eso en su vida cansada y monótona? ¿De qué servía ni siquiera ser hermosa en aquel desierto?

Por instinto comprendía que la belleza necesitaba otro marco, y que ella era superior a los hombres que la solicitaban.

Así, amándose demasiado a sí misma, y soñando con una vida distinta en otros horizontes lejanos, no se había decidido por ninguno de sus pretendientes y había rechazado los partidos más ventajosos, con gran desesperación y disgusto de su madre, que deseaba consolidar su posición de labradores ricos con un enlace brillante para la hija.

Allí había también sus jerarquías sociales. Los jornaleros no tenían la consideración, un poco de magnates, de los dueños de las grandes haciendas.

Frasco Cruz, su marido, y ella venían de la clase humilde de los jornaleros. Era un verdadero milagro su fortuna.

Aquel cortijo del Monje pertenecía a un viejo carlista, que al ver perdidos sus ideales había ido a enterrarse en la soledad, y con los últimos restos de su patrimonio había construido allí su panteón de familia, declarando que deseaba vivir y morir siempre en sus dominios.

Don José tenía un carácter tan irritable y violento que todos los de la casa le temblaban.

Había convertido el cortijo en una especie de monasterio, aislado de todo, pues sólo salía de él cuando era preciso hacer alguna compra un criado viejo, que lo acompañaba siempre; y no recibía visitas ni dejaba que se acercara nadie a la puerta. Los caminos, a fuerza de no ser pisados, se iban convirtiendo en veredas y borrándose bajo la hierba.

Los primeros en ocupar nichos en el cementerio, unido al cortijo como un corralón, lleno de cipreses y con una gran cruz sobre la puerta, fue la pobre esposa de don José, a la que no tardó en seguir su hija. Se murieron como flores marchitas, faltas de ambiente, en aquel encierro a que don José las había condenado.

Se decía que el viejo no las sintió mucho, y que más bien les agradeció el placer de ir a esperarlo en aquella morada.

Le entró un deseo de coleccionador de muertos. No se ocupaba más que de buscar los cadáveres de todos sus antepasados y hacerlos llevar a su panteón de familia.

Cada uno de aquellos sombríos entierros era una fiesta para él y un motivo más para alejar la gente del contorno por el miedo supersticioso que todos tenían a los muertos.

Así era que no le paraban los criados y sólo Frasco Cruz y su mujer tuvieron la paciencia suficiente para aguantar los malos humores y las rarezas de su amo; pero su sufrimiento tuvo, al fin, recompensa.

Cuando menos lo esperaban, don José decidió marcharse a la ciudad, y dejó la finca a Frasco Cruz, para que se la fuese pagando a plazos, sin más condición que la de respetar y cuidar a toda la familia que dejaba sepultada en el cementerio, como si la hubiese llevado allí para verse más libre de ella.

La envidia que provocaba la fortuna de Frasco Cruz hacía que las gentes criticaran más despiadadamente a don José, por haber vendido los huesos de sus antepasados.

Unos hablaban de apariciones que lo tenían asustado, con el temor de que sus muertos tomasen venganza de sus crueldades. Otros sostenían que se había marchado de miedo a la vista de aquel único nicho vacío que le estaba destinado y que parecía dispuesto a tragárselo.

Pero el caso fue que Frasco Cruz y su mujer se vieron, cuando ni siquiera se hubieran atrevido a pensarlo, dueños del cortijo del Monje.

Frasco continuó su vida sencilla y de trabajo, pero Antonia comenzó a engordar, a tomar importancia y a hacerse dar el tratamiento de *tía Antonia*, que equivale allí al de *doña Antonia* en la ciudad. Se diría que había heredado el orgullo y la dignidad de los antiguos dueños, y hasta el mal genio, autoritario, de don José.

Como el protocolo de la alta sociedad campesina, que se observa tan severamente allí como se guardaba en las antiguas cortes, no permitía a las mujeres casadas componerse, ni siquiera llevar la cabeza descubierta, ni asistir a fiestas, sino con las hijas, los deseos irrealizados de la juventud de la tía Antonia venían a encarnar en Pura.

Se divertía en vestir y adornar a la hija para que llamase la atención entre todas las mozas, porque a ella le alcanzaba también el triunfo. Pura llevaba las modas más audaces con una tendencia señorial que escandalizaba a las gentes conservadoras de sus tradiciones. Había llegado a peinarse sin moño y a presentarse en el baile sin pañuelo al talle, cosa que no se permitían las aldeanas.

Pero, pese a las críticas de los envidiosos, todos los mozos se junta-

ban en torno de Pura. Cada vez que salía a bailar se le cantaban coplas y coplas que le impedían dejar el baile. Hubo veces de bailar quince coplas seguidas. Cantaban los mozos a pares, los bailaores se pedían la vez para acompañarla con ese: -¿Hace usted el favor, amigo?, que obligo a retirarse al que actúa y dejar el puesto al otro.

Se componían coplas para ella y surgían los piropos más poéticos cuando se le pedía a su pareja: "¡Dígale algo a esa niña!"

La madre gozaba en eso seguramente más que Pura, la cual, siempre sería y contemplativa, parecía no interesarse por nada.

Tenía deseo la madre de vivir la novela de amor de la hija y la desesperaba su indiferencia por los hombres.

-Parece que esperas algún príncipe -solía decirle-. Mira que los años pasan y te vas a quedar para vestir imágenes.

Aquel último razonamiento hacía impresión en la muchacha. Había cumplido los veinte años, y veinte años eran muchos años allí, donde las mujeres, prematuramente maduras, se casan a los quince o dieciséis, lo más tarde. No estaba ya en edad de descuidarse.

Así es que cuando su padre le habló de que la había pedido en matrimonio Antonio el Peneque, que gracias a su suerte en el contrabando había llegado a ser dueño del cortijo de los Tollos, ella lo aceptó sin alegría y sin repugnancia.

Antonio tenía un tipo moreno, moruno; se recordaba al verlo que la tierra fronteriza africana se divisaba desde lo alto de las montañas de la costa, cuando al salir el sol reflejaba sobre ellas. Era fuerte, sanguíneo, con una rojez que recordaba la sangre de toro. Eso hacía murmurar que le gustaba tomar un vaso de vino algo más de lo corriente; pero nadie podía decir que lo había visto embriagado. Si tomaba alguna pítima era a sus solas, cuando la podía dormir sin que lo vieran.

No era ya muy joven; andaba cerca de doblarle la edad a Pura; y a pesar del asedio que le habían puesto todas las muchachas del contorno, no se le había conocido ninguna novia.

Ya se iban reconciliando con él las que lo odiaban, creyéndolo incasable, cuando vino a sorprenderlas la noticia de la boda con Pura.

El noviazgo tenía que ser corto, dada la edad y posición del novio, que no era de pasatiempos.

La boda prometía ser un acontecimiento, un alarde de ostentación,

con la que los nuevos ricos querían afianzar su prestigio de labradores acaudalados. Había allí también sus prejuicios de aristocracia y se echaba en cara a la familia de Frasco Cruz haber sido *servientes*, que era todavía un estado inferior al de *jornaleros*. En cuanto a Antonio, no era más que un contrabandista enriquecido sabe Dios cómo.

Se le conocía sólo por Antonio el Peneque, apodo que llevaban ya sus antepasados, y que era el único apellido que podían ostentar, pues el único que sabía su verdadero apellido fue un abuelo que se ahogó en el mar una noche de alijo. Cuando llamaron al hijo a declarar no pudo decir su apellido; sólo pudo decir, casi llorando:

-El apellido se ha ahogado en el mar con mi padre.

Y desde entonces no los conocieron más que por los Peneques, y a sus enemigos les servía de risa y comidilla la anécdota de su verdadero apellido ahogado en el mar con el abuelo.

Aunque aún faltaba más de un mes para la boda, no se hablaba de otra cosa en todo el contorno. Las mozas se preparaban para la fiesta con la secreta esperanza de que se realizara el refrán de que siempre de una boda sale otra.

Todas comentaban envidiosamente los preparativos que harían en el cortijo de los Tollos para recibir a Pura, pues aunque todas aparentaban despreciar a Antonio, hubieran querido estar en lugar de la novia.

Las que habían logrado ver los preparativos decían que toda la alcaoba tenía cortinillas blancas, y que a la cama le habían puesto tantos colchones que estaba más cercana al techo que al suelo.

Las camas altas eran como un lujo de la comarca. Debajo de ellas se guardaban ropas y herramientas, y como las colchas no bastaban a cubrir las, se ponían delanteras bordadas, que consistían en volantes de encajes y entredoses, los cuales caían como las guarniciones de los altares.

Todos los buhoneros que con sus arquillas sobre las burruchas o sobre las espaldas iban vendiendo telas, encajes y baratijas, acudieron a los cortijos de los novios y se hacían lenguas contando las compras que les habían hecho. Se sabía que Antonio le había regalado a la novia un traje de olancete, otro de merino negro, un mantón de manila y un collar de corales.

Sin embargo, los vendedores continuaban yendo, después de cada viaje de recova, a Níjar o a Almería, con las nuevas novedades.

Las cabezas de las cinco muchachas se unían para mirar todas aquellas cosas del fondo de la arquilla.

La juventud y la gracia las igualaba a todas. Cándida e Isabel eran primas pobres que vivían en compañía de Pura; y Rosa y Encarnación, vecinas que les servían de criadas. Pero entre todas se había formado una especie de camaradería que borraba diferencias: todas atendían a los quehaceres del cortijo y todas comían en la misma mesa y se iban juntas a los bailes.

Rosa se puso en su mano regordeta, colorada, donde el frío del agua había abierto grietas, una sortija de gran piedra azul y la miraba a la luz como si hubiera sido un diamante.

Isabel ponía sobre su pecho un alfiler que fingía un racimo de uvas encarnadas. Cándida miraba embelesada unos aretes de latón y cristal; y Encarnación y Pura reconcentraban la atención en la caja de flores contrahechas donde lucían soberbias rosas rosadas, de tamaño descomunal, sobre hojas de papel de talco.

Tan distraídas estaban que no oyeron el ruido de los pasos de las cabalgaduras que se aproximaban. Bien es verdad que debían ser amigos, porque "Zaida" y "Sola" no ladraron.

Así es que las sorprendió ver detenerse a la puerta los tres potros enjaezados y oír la voz de Antonio y sus dos amigos al pronunciar el saludo habitual.

-A la paz de Dios.

No los esperaban tan temprano aquel domingo. Rosa y Encarna salieron huyendo para que no las viesan sin vestir de gala aún. Isabel y Cándida se ruborizaron de esperanza.

Antonio iba rara vez solo. Siempre llevaba amigos. Sobre todo no faltaba jamás Joseíyo, cuya visita no parecía desinteresada, pero que no acababa de decidirse por ninguna de las dos primas. Aquella tarde los acompañaba también Ceferino, un primo de Antonio, al que no le parecía costal de paja Cándida. Esto parecía indicar que José se inclinaría a Isabel.

Mientras Antonio iba a cumplimentar a la futura suegra y Ceferino amarraba las bestias por las bridas a los hierros de la ventana, José se acercó a las muchachas.

Pura tenía en la mano la gran sortija azul, abandonada por Rosa en la huida.

-Supongo que no te irás a comprar eso -dijo.

-Pues es muy bonita.

-Sí, pero Antonio te ha comprado una que vale más que ésta.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque me la ha enseñado.

-¿Y cómo es?

-Se enfadará si te lo cuento.

-No le diré nada.

-Pues es de oro macizo.

-¿Quieres callar?

-Y con una gran perla verdadera. Es la que te pondrá cuando os velen.

La joven se quedó silenciosa.

-La he traído yo de Almería.

-¿Has estado en Almería?

-Sí...; me quiero ir a Orán y fui a preparar el viaje.

-¡Qué suerte irse lejos! ¡Ver tierras! -dijo Pura-. ¿Cuándo te vas?

-Cuando os caséis. Ahora Antonio me necesita para todo. Le he traído hasta las arras en moneditas de oro de dos duros que son una preciosidad, chiquitas, para que te quepan bien en las manos.

La voz de Antonio los interrumpió.

-¿Qué andas charlando por ahí?

-Me decía que le gusta esa sortija azul -dijo José.

-Eso vale poco -respondió con orgullo el novio.

-Lo que le gusta -interrumpió Santiaguico- son este par de rosas.

-¿Y qué valen?

Pura atajó:

-No, no quiero que me las compres. Me gustan porque a mí me gustan mucho las flores..., pero no me las he de poner.

-Esta noche hay baile en el Granadillo... -insistió el buhonero.

-Pero ella ya no puede ir -dijo la madre, con cierta satisfacción-. Esta mañana se ha corrido en Níjar la primera amonestación.

-¡Ah!, vamos, que estás ya presa -dijo el vendedor-. Cómpramelas tú, Isabel.

-No tengo dinero.

-Si me dejas que yo te las regale -dijo Ceferino.

-Regálale otras -dijo Antonio-. Aunque Pura no vaya al baile, quiero yo que se ponga esas rosas esta noche.

La joven había enrojecido. Sentía una sensación de malestar. Le parecía que era verdad que con aquella amonestación lejana estaba presa.

Su cautividad le impedía ya salir a la calle. Una mujer amonestada no se presentaba en ninguna parte ni salía de su casa.

Le pareció que los ojos de Antonio la miraban con expresión distinta, con algo de amo, de vencedor, como si la valuase y tomase posesión de su cuerpo. Experimentaba algo doloroso, algo de vergüenza. Aun quiso protestar de aquel regalo.

-A mí me gustan las flores naturales, que tengan olor..., los claveles y los nardos...

Pero Antonio no le hacía caso.

-Vamos a ver, Santiaguillo, si llevas un buen pañuelo de la cabeza para la tía Antonia.

-¿También para mí? -dijo la madre contenta.

-Pues ya lo creo. A ver, Rosa, Encarnación, tomar lo que más os guste.

-Nosotras no estamos amonestadas y nos estamos vistiendo para ir al baile del Granadillo -respondieron desde dentro las muchachas.

-¿Y por qué no vais vosotras también? -preguntó Ceferino, que había ofrecido un par de peinas con cuentas de vidrio a Cándida e Isabel.

-Pues claro que sí van -afirmó José.

Las muchachas dudaban.

-¡Dejar sola a Pura!

-Las novias no necesitan a nadie -respondió el joven.

-Pero, ¿quién nos lleva?

La severa moral campesina exigía que no fueran las mozas solas, aun reuniéndose tantas, y la madre tenía que quedarse para guardar a los novios.

-¿Dónde está el tío Frasco? -preguntó Ceferino.

-Mi padre fue con las muchachas a recoger los pares del haza -respondió Pura.

-Entonces no debe tardar y lo convenceremos.

-No costará mucho trabajo -dijo riendo la esposa-, que, viejete y todo, siempre le gusta echar una cana al aire.

-Pero usted no se disgustará.

-¿Por qué? No me va a traer ningún chico a casa.

Protestaron las sobrinas con el deseo de ir al baile.

-El tío no mira a las mujeres.

-Que os creéis vosotras eso -repuso con viveza, como si la indiferencia de su marido fuese algo ofensivo-. Los hombres, cuanto más viejos más pellejos. Y no me pesa, porque caballo que no relincha cuando ve a la yegua...

Las dos muchachas salieron compuestas, frescas y lavadas, anunciando que ya estaba la olla pronta para volcarla.

No fue preciso esperar mucho. Frasco Cruz llegó del campo con los muleros y aceptó con alegría el ir de guardián de las muchachas. Dos de los criados los acompañarían y se quedarían otros dos a cuidar las bestias.

Fue preciso que se cambiaran el turno entre ellos para que le tocara ir al novio de Rosiya.

La comida fue alegre. Se puso una mesa pequeña y baja en medio de la gran cocina, de dos naves, partidas por un arco, en cuyo centro había una argolla de hierro. Era la cocina donde en las noches de baile cabían doscientas personas y que servía de comedor, de recibimiento, de dormitorio a los muleros, cuando se quedaban en casa, y hasta de almacén, porque en torno de la nave primera se amontonaban los objetos, y detrás del gran portón claveteado, que se atrancaba con mozo y cerrojos, se ocultaban durante el día las labores de esparto y los aparejos de las bestias.

Se cubrió la mesa con un blanco mantel, se colocó encima la enorme fuente vidriada con honores de lebrillo, y las dos muchachas volcaron en ella, no sin trabajo, la olla, que esparció con su vapor el perfume apetitoso del tocino y los garbanzos cocidos con la berza y las patatas, capaz de tonificar la desgana más pronunciada.

No se ponían platos ni vasos. Los que tenían sed se levantaban a beber en las rezumantes jarras de barro, que ofrecían su frescura sobre la cantarera, a cuyos lados colgaban las coquetas toallas blancas, con encaje de crochet, que no se usaban nunca.

El vasar, de arco, empotrado en la pared, estaba atestado de platos y de vasos; en torno de él colgaban de las asas, o sujetas por lazos, tazas y jícaras; las paredes estaban cubiertas de grupos de botellas formando piñas; entre ellas se veían cromos y estampas de santos mezcladas con panochas, pimientos secos o calabazas de cuello que llamaban la atención por la forma o el tamaño, mereciendo por eso el honor de conservarlas como rareza.

Pero nada de esa loza se usaba; ni los cobres y las ollas colocadas en el alero de la leja, sobre el extremo donde estaba el hogar, servían nunca. Sólo una cuchara para cada uno y una faca para partir el pan de todos les bastaba. El vino, las raras veces que, como aquella noche de gala, se bebía, daba la vuelta al corro en el mismo jarro.

Comían todos en la misma fuente. La madre ponía en el lado de cada uno el pedazo de tocino que le correspondía. Sólo se había sacado en tazones la comida de los zagales, que, por su poca edad, no se sentaban aún a la mesa de los mayores, y que habían ido a comerse su ración sobre el tramo de la puerta, cerca de los perros, que los miraban ansiosos esperando su vez.

Estaban alrededor de la mesilla todos, amos, amigas, huéspedes y criados. Si había mucha gente todo se reducía a que el corro fuese mayor.

Se hablaba, se reía, se bebía en abundancia. La olla resultaba tan cargada de tocino que, al decir de Santiaguico, era capaz de resucitar a un muerto. El pan era de trigo, sin mezcla de cebada ni de maíz, pan de ricos, que atestiguaba felicidad y bienestar.

Cuando acabaron de comer, las chicas levantaron la mesa, y un cuarto de hora después los que iban al baile se despidieron alegremente.

La noche era oscura, los caminos áridos y pedregosos; tenían que andar más de una legua para llegar al Granadillo, pero todos iban contentos. En llegando bailarían y cantarían sin cansancio ninguno, y aunque no retornarían hasta el amanecer, también andando, no se les notaría fatiga en sus ocupaciones habituales.

Los dos mozos no tardaron en sacar las cabeceras de paja y los cojines y acostarse en un ángulo de la gran cocina, cubiertos con las mantas, sin más que quitarse las chaquetas, las fajas y las esparteñas. Un hombre que se desnudara para dormir sería considerado allí como el colmo del afeminamiento, así como la mujer que no se despojase hasta

de la camisa para entregarse al sueño pasaría por el colmo de la suciedad. Se quedaron solos Pura, su madre y su novio. Él, sentado cerca de ella, que, perezosa e inactiva, se entretenía en hacer y deshacer plieguecitos en el borde de su delantal, mientras dejaba vagar los ojos azules por los ángulos oscuros de la cocina.

La madre hilaba las placas de lana, recién cardada, bien oliente al óleo y al aroma de establo, y Antonio les narraba cómo iba la cosecha de sus campos, la abundante cría de sus ovejas y la desdicha de que atacase todos los años a su piara el mal *colorao*.

De vez en vez bajaba la voz para dirigir un cariño vulgar a su prometida, que lo recibía con esa habitual reserva campesina, bajo la que no se sabía si se ocultaba pudor o disgusto.

Con la puerta cerrada, que impedía ver las Cabrillas, y sin reloj que marcara el tiempo, las horas se le hacían a Pura interminables. Su pensamiento seguía a sus primas y sus amigas. Tenía idea de la animación del baile. Recordaba los triunfos a que renunciaba, y sentía la tristeza que acompaña en su casamiento a la campesina andaluza, obligada a dejarlo todo.

Y tenía la sensación de que era preciso casarse. Una solterona allí tenía también una renuncia obligatoria de las fiestas, acompañada del ridículo de que se libraba la casada. Comenzaba a comprender por qué su madre parecía haber revivido en ella, y por qué buscaba el pretexto de tener las sobrinas al lado, ahora que ella se casaba.

Casarse era preciso; pero el casarse ¿era ir al amor o era ir al fastidio?

No se atrevía a mirar a su novio al hacerse esa pregunta. Le parecía que no lo había visto bien, que no sabía bien cómo era. Era el marido en que había pensado desde muchacha, sin precisar sus rasgos.

Le había gustado triunfar de un solterón recalcitrante y de todas las que lo deseaban. Le complacía el lujo que podía desplegar en su boda, la envidia que iba a despertar. Así, cuando Antonio comenzó a hablar de los muebles, las ropas y las joyas que aún tenían que comprar, se borraron de su espíritu las impresiones penosas, y le llegaron a sorprender las alegres voces y risas de los que volvían contando sus anécdotas del baile, como si retornasen antes de lo que los esperaban.

II

EL RAMO DE FLORES

La semana transcurría con esa rapidez con que se ven huir los días muy llenos de cosas en nuestra vida.

Toda la gente del cortijo del Monje estaba preocupada con la boda de Pura.

La madre no se bastaba para disponer todo lo que era necesario. Había de salir de allí la comitiva y allí se había de celebrar la comida de bodas al retorno, antes de ir a casa de los novios para celebrar el gran baile y las fiestas de la tornaboda.

Como el futuro yerno era rico y ostentoso, y estaba dispuesto a echar la casa por la ventana, la tía Antonia no quería quedarse atrás.

Se preparaba a amasar tablas repletas de pan candeal, rosquillas y mantecados.

Una ternera de nueve arrobas se sacrificaría para el festín, y para los invitados al baile se preparaba un saco de garbanzos tostados, en su baño de cal, que les haría parecerse, con esa cosa de cabeza humana que tiene el garbanzo, a cabecitas de pierrots; y otro saco de cacahuetes, además de la gran buñolada y las rondas de vino y anisado.

Las muchachas todas, así las de la casa como las de los lugares de tres leguas a la redonda, preparaban galas que ocultaban cuidadosamente unas de otras para lucir en la fiesta.

Toda la semana había estado Pura teniendo visitas, con el deseo de ver sus ropas y sus regalos. Una verdadera romería al cortijo del Monje, que no le daba tiempo de aburrirse.

El goce de ver la admiración y la envidia de sus amigas, y de escuchar sus elogios, le hacía no cansarse de abrir las arcas y mostrar una y otra vez todas sus ropas.

Su madre apenas podía ocuparse de las visitas, no sólo por los quehaceres, sino por vigilar a Rosa. Desde la noche del baile el novio y ella estaban tan amartelados que la tía Antonia sentía miedo de su responsabilidad si le ocurriera algo a la muchacha en su casa.

El vivir los dos novios bajo el mismo techo era un verdadero peligro

en aquellas circunstancias, en las que el no oír hablar más que de bodas y amores había de excitar su pasión.

Y precisamente en aquellos momentos no podía prescindir la tía Antonia de ninguno de sus servidores. Prefería sacrificarse a una vigilancia continua. Donde iba Rosa, allí aparecía Juan, y no era que el muchacho la perseguía, porque cuando él no venía lo buscaba ella.

No podía dejarla ir por agua al aljibe sin que la acompañara alguien de su confianza y, a veces, a pesar de sus diez arrobas aristocráticas, reveladoras de mujer que no tiene que trabajar, se veía obligada a subirse en la burra que llevaba los cuatro cántaros en las aguaderas y hacer a la muchacha que tirara del ronzal del pobre animalito, que iba dándose garrón con garrón abrumada de peso.

Eran tristes los alrededores del cortijo del Monje; cortijo de secano en medio del despoblado, entre los cerros chatos y pelados, sin más flora que la leña, la palma y las atochas. No había más árboles que un almendro y una higuera, rodeados de una balate de piedra, más allá de la era, frente a la puerta del cortijo. Allí habían plantado las chicas unas matas de palo santo y hierbabuena, y algunos alhelís, y clavellinas, por lo que le daban pomposamente el nombre de *El huerto*.

El cortijo era grande, tenía cierto aspecto feudal cuando se le veía de lejos, porque el estar en la hondonada hacía que se descubriese el extremo de los arcos de las tinadas de las reses y tenía cierto aspecto de claustro, que rimaba con la puerta del cementerio y los cipreses puntiagudos y tristes.

Para regar aquellas pocas plantas tenían que ir por agua al aljibe, a un cuarto de legua de la casa. Aunque se quejaban de aquella excursión que necesitaban hacer unas veces bajo un sol de llamas y otras con una lluvia que calaba los huesos, no dejaba de ser divertida para mozas y mozos, cuando iban juntos, en medio de la monotonía de aquella vida.

El aljibe estaba situado en un sitio solitario y medroso, en el entrecruzamiento de las cañadas, cuyas vertientes lo llenaban de agua.

Era un depósito enorme, hundido en la tierra, capaz para abastecer de agua el cortijo, pero se hacía difícil sacarla con un cubo al extremo de una cuerda y un sistema de poleas.

Cerca del aljibe había un pilón para beber las bestias, y antiguamente iban allí los caminantes a descansar y dar agua a sus caballerías, pero ahora únicamente abrevaban los ganados de la finca, y el aljibe tenía

puerta cerrada con llave. Se habían hecho pequeñas troneras para que entrase el agua de las lluvias.

Esto obedecía a un suceso macabro, del que se conservaba memoria por la cruz puesta sobre la puerta del aljibe. Las aguas habían ocultado un cadáver, no caído causalmente, sino asesinado, porque una gran piedra lo había sujetado al fondo. Durante muchos años se había bebido aquel agua, hasta que al fin, en una limpia, fue encontrado el esqueleto.

Esta leyenda hacía más lúgubre aún aquella cañada, desde la que se distinguían dos cruces a orilla del camino, entre los montones de piedras que acumulaban a su alrededor los devotos cuando, al pasar, rezaban una oración y arrojaban aquella especie de cuenta de rosario por el alma del asesinado o el muerto sin confesión, que debía tener su purgatorio en aquellos lugares, y a veces se aparecía pidiendo algún sufragio. Todos los cortijeros sabían ya la mezcla de invocación y exorcismo para estos casos: "De parte de Dios te pido que me digas quién eres y qué quieres".

Todo esto hacía que las mozas tuviesen miedo de ir solas por agua al aljibe, y esperaban la ocasión de reunirse varias y aprovechar las horas en que llevaban los mozos el ganado al abrevadero. Esto tenía para ellas la ventaja de que los zagales les ayudasen a tirar del cubo chorreante del agua de lluvia fresca y amargosa que salía del aljibe, y de que a veces les ayudasen a llevar los cántaros, que ellas sabían colocar tan airosamente sobre la cadera, rodeándolos amorosas con el moreno brazo; porque las andaluzas no ponen los cántaros sobre la cabeza, quizá por la costumbre de llevarla en florada desde que se levantan.

Ahora, con el noviazgo, la tía Antonia no se atrevía a dejar a Rosa, y tenía que ir de vigilante o enviar a la misma Pura, porque temía al compañerismo con que las muchachas se hacían capa.

-No quiero que ocurra nada en mi casa -solía decir.

Y a veces añadía ufana:

-Podían atribuirlo a mi marido.

Todo el mundo se hacía lenguas del equipo de Pura, aunque criticaban que era demasiado para una labradora. Tenía por docenas los pañuelos de seda para la cabeza, ya que era costumbre que las casadas no la llevasen descubierta.

Y por docenas también tenía las camisas de lienzo fino, largas, anchas, con grandes mucetas de cadeneta, y los justillos, las enaguas de

volantes encañonados a fuego, refajos de lana magenta y amarillos acabada de tejer.

Tenía vestidos de merino y de olancete para toda la vida; pañuelos de crespón del talle en varios colores: garbanzo, tórtola y aceite. No faltaba el clásico mantón negro bordado en colores y otros dos más, uno blanco y otro color manteca, de esos que casi no se ponen las casadas y que luego heredan las hijas y las nietas.

-Haces bien, hija -decían las envidiosas, viendo sábanas marcadas, almohadones de jaretón, toallas de complicados flecos-. ¡Lo que la novia no ve en la boda...!

Aunque gozaba con aquellas vanidades, Pura se ponía triste cada vez que revolvió en sus arcas. Por un sentimiento casi inconsciente le parecía que lo tenía todo para su boda menos el novio.

La Naturaleza, al darle un cuerpo más hermoso que el de la mayoría de las mujeres, le había dado también un espíritu diferente, más fino, más lleno de inquietudes. Había mirado muchas veces desde el fondo de la hondonada en que vivía hacia los cerretes que, bajos y todo, le limitaban el horizonte, dejando el lugar como en el fondo de un pozo. Y, mirando hacia allá, había soñado en cómo se divertirían las mujeres de las ciudades. Había estado en Níjar y en Almería lo bastante para vislumbrar una vida diferente de la suya.

Y luego los hombres en la ciudad eran más finos. Su novio, tan mayor para ella, tan rudo, no era para despertar su pasión. Esta vivía sólo en su cerebro y así podía sujetarla a lo que era la conveniencia para los suyos; pero, a cada momento, según avanzaban los preparativos, se sentía más triste.

Iba a abdicar esa especie de cetro que allí tenía la mujer soltera, para entrar en las obligaciones y la esclavitud de las casadas; en un lugar donde, por amantes que fueran los hombres, tenían que mostrarse fuertes, duros, si no querían caer en el descrédito de que los supusieran dominados por las mujeres. Y al dejar su vida de soltera no tenía la recompensa de la ceguera que dominaba a Rosa y a Juan. Ella hubiera querido poder enamorarse así.

El sábado llegó Joseíyo solo. Traía un enorme ramo de claveles reventones, color de sangre de toro, con esa fuerza que da la tierra de Andalucía a sus flores.

Los corazones de Cándida y de Isabel latían apresuradamente pensando en una declaración y creyéndose cada una la preferida.

Pero él se acercó a Pura.

-Te traigo este encargo de parte de Antonio -dijo-. Él no puede venir este domingo. Me encarga que te lo diga. Está haciendo las particiones y ese día llega de Sorbas su hombre bueno.

-¿Y cómo me manda esto? -preguntó Pura un poco extrañada de tanta galantería.

-¡Como dijiste el domingo pasado que te gustaban tanto las flores naturales!

-Es verdad.

Todas las muchachas celebraban el ramo con esa paradoja que es comparar las flores artificiales con las verdaderas, o viceversa:

-¡Son tan rojos que parecen negros!

-¡Parecen contrahechos!

-¡Como si fueran de papel picado!

Pura los olía tan ansiosamente que casi había ocultado el rostro entre los pétalos.

Cuando levantó la cabeza estaba pálida y parecía que se había encendido en sus pupilas azules una luz extraña.

-¿Qué tienes? -preguntó la madre.

-Estoy un poco mareada.

-¡Es que esos claveles huelen que trasciende! -dijo Rosa.

Pura se había levantado para ponerlos en agua.

Frasco Cruz invitó a cenar a José. Él tampoco podía volver el domingo próximo, porque se marchaba a Almería para arreglar su viaje a Orán. Ahora se ocupaba en traer caballos árabes del África francesa y venderlos en el pueblo.

Les contaba las grandezas de aquella tierra; las cosas, casi milagrosas para ellos, que allí existían. Se ganaba el dinero sin trabajar y se divertía uno.

Su imaginación le hacía inventar cosas fantásticas que suspendían de sus labios al auditorio.

-Figúrese usted, tío Frasco, que todo se hace con máquinas: la siembra, la siega, la trilla, todo. Pero máquinas que no hay más que tocar un botón y estar sentadito mirando cómo se hace.

-¡Caballeros!

-¡Digo!

Exclamaron con asombro los oyentes.

-He visto una máquina que se metía la mies por un lado y ella la trillaba, la aventaba, molía el grano, cernía la harina, amasaba y cocía el pan. Así, en un santiamén, en menos que dice misa un cura loco, entraban las gavillas por un lado y salía el pan calentito por otro.

A nadie se le ocurría poner en duda lo que aseguraba haber visto él mismo, pero la tía Antonia se santiguó y dijo:

-¡Ave María! Yo no me comía ese pan. Debe ser cosa de brujería.

III

EL EMBRUJAMIENTO DEL PERFUME

Al domingo siguiente fue Antonio solo. Era ya la última amonestación y nadie salió del cortijo. Se quedaban acompañando a Pura en su último domingo de soltera. La boda sería la semana próxima.

Durante la comida se habló de los proyectos que hacían encenderse de rubor las mejillas de Pura y brillar los ojos de Antonio, cuando se clavaban en el rostro de su prometida.

Tenían que salir el sábado de madrugada para llegar a Níjar a hora de recibir la bendición y, después de descansar las horas de sol de la siesta, volver con la fresquita, a fin de estar a tiempo de la comida y marchar al cortijo de los Tollos para armar el baile, que duraría ya hasta el lunes de madrugada. Iba a ser una boda de rumbo.

Pero la velada, a pesar de la promesa de diversiones, transcurría cansada y triste. Faltaba Joseíyo, tan decididor y alegre, que él solo llevaba la conversación y los animaba a todos. Ceferino, por más esfuerzos que hacía, no llegaba a igualarlo.

Rosa y Pura estaban sentadas cerca de sus novios haciendo uso de ese permiso de hablar en voz baja, abstraídos de la reunión, que se concede a los enamorados.

Pura se sentía más inclinada que lo había estado nunca hacia su

novio. Durante aquella semana se diría que la había penetrado un sentimiento nuevo, como un deseo de fusión de su ser, para hacerse más amplio. Era un sentimiento que le había dado el manojo de claveles con su fuerte olor a clavo.

De día lo tenía en el vasar y de noche se lo llevaba al ventanillo de su cuarto, que a causa del calor permanecía abierto.

El airecillo penetraba hasta su cama y le oreaba el rostro con suavidad de abanico perfumado. Era una caricia la de aquel perfume que la envolvía. Le causaba a un tiempo una sensación de placer y de malestar; la ponía nerviosa, le quitaba el sueño, y le hacía levantarse, ir a la ventana, abismarse en aquella paz desolada del campo y del cielo sereno y brillante. Escondía el rostro entre los pétalos suaves y frescos de los claveles, aspiraba, con hambre y con sed de todos los poros, el perfume penetrante y sentía ganas de llorar, sin saber por qué.

Era una sensación fuerte y poderosa: la poseían los claveles, con el aroma que la penetraba como un puñal. Entonces pensaba en un hombre. Se sentía atraída hacia su novio por haberle enviado aquellas flores que estimaba más que todos los regalos que le había hecho de trajes, mantones y collares. Era el primer mensaje que le hablaba de amor, la primera vez que sentía estremecerse su carne con el deseo de un beso.

Pero, ahora, sentada cerca de Antonio, le parecía que se iba desvaneciendo aquel sentimiento de amor que había experimentado cuando estaba lejos. El hombre no realizaba la promesa del ensueño.

Ya se iba a despedir para marcharse, antes de que se pusiera la luna e hiciera peligrosos los caminos, pues el novio no tenía hospitalidad en casa de la prometida, cuando ella le dijo:

-Los claveles están frescos todavía, ¿sabes?

-¿Qué claveles?

-Los que me enviaste con Joseíyo.

-¿Yo?

-¡Ah!

Los dos callaron, seguros, cada uno, de haber dicho una simpleza.

Momentos después Antonio hacía trotar a su caballo en dirección a su cortijo. Aunque no era cobarde para con los hombres, le amedrentaba la cosa de cementerio que rodeaba al cortijo del Monje en aquel paraje agreste, hundido en la tierra árida, con la desolación de sus cipreses y sus cruces.

-Por fortuna he hecho mi última visita -pensó.

Ya sólo había de volver una vez para buscar a la esposa. Lo había martirizado en su noviazgo la necesidad de pasar aquellos caminos en las noches invernales, cuando entre las sombras parecía que se agrandaban la cruz del aljibe y las otras dos cruces, conmemorativas una de un carabinero asesinado allí por los contrabandistas y la otra de una enferma que falleció sobre la mula en que la llevaban al pueblo para ver al médico.

Empezó a cantar a dos voces, como hacían los que no querían que se creyese que iban solos, sin pensar que el ruido de la cabalgadura denunciaba que no tenía compañero.

Iba furioso. ¿Por qué le llevaba Joseíyo flores a Pura sin saberlo él?

Le mordían los celos, y eso que creía en la amistad de José, que lo había acompañado todo el invierno, pacientemente, en sus visitas al cortijo del Monje.

De pronto, en el cruce del camino oyó el trote de otro caballo. Puso el suyo al paso y se previno, mirando en las tinieblas, hacia el lado de donde venía el ruido.

Oyó la voz bien conocida de José que le preguntaba:

-¿Eres tú, Antonio?

Respondió con otra pregunta:

-¿De dónde vienes?

-Estuve en los Abercoques, en el baile. A ti no hay que preguntarte.

-Sí, vengo de casa de Pura.

-¿La última visita?

-¡La última!

Había algo raro en el acento de los dos amigos. De pronto, Antonio dijo:

-Oye, José, entre hombres no hay que andar con rodeos. ¿Qué es eso de llevarle tú flores a Pura de mi parte?

Se escuchó la sonora risa de Joseíyo.

-¡Calla, pues es verdad! No te he visto después para advertirte. ¿No le habrás dicho que no habías sido tú?

-No te comprendo...

-Pues es sencillo. Cuando me enviaste a decir que no podías venir el

domingo pasado, me di la vuelta por la Hortichuela y todo el huerto de Montano estaba lleno de claveles. Me acordé de que Pura dijo que le gustaban, y pensé que llevándole un ramo de tu parte se le quitaría el amargor de boca de saber que tú no ibas.

-¡Podías haberme advertido!

-¿Es que has dicho que no eran tuyos?

-No. Me sentó mal. ¿A qué negarlo? Pero creo que ella no ha comprendido...

-Puedes creer que no he tenido ninguna intención. Soy tu amigo.

-Hombre, ni que decir tiene..., te lo agradezco.

-Bueno. Yo me marchó por aquí ya.

-¿Te has ofendido?

-¿De qué me iba a ofender? Es natural que te sorprendieras.

-¿Por qué no vienes al cortijo?

-Tengo mucho que hacer. Ya sabes que me quiero ir a Orán en el primer barco. Yo no tengo genio de estarme aquí, siempre en el mismo sitio. Tengo un espíritu inquieto... raro...

-Pero, ¿vendrás a la boda? Quiero que seas testigo.

-Y a mucha honra.

-Además, deseo encomendarte unos potros y dos yeguas.

-Lo que quieras. Yo pasaré por tu cortijo un día de estos.

-¡Que no faltes!

-Tenlo por seguro. Buenas noches.

Dos coplas, alejándose en sentido contrario, marcaban el caminar de los dos amigos entre la plácida dulzura de los campos, en la sombra de la noche.

IV

LA REVELACIÓN

En cuanto Antonio se alejó un poco José torció la rienda de su jaca y subió la ladera opuesta. No tardó en encontrarse al otro lado del barranco. Allí, en la solana, el aspecto de la Naturaleza cambiaba. La nota tris-

te y fosca de la hondonada se borraba en el dilatado horizonte, en cuya lejanía distinguíase el mar azul.

Estaba la tierra cubierta de un tapiz de florecillas menudas; las primaveras, blancas y chiquitas, como estrellitas de nieve, cubrían las hazas.

En los balates crecían el trébol amarillo y, a su sombra, las graciosas orquídeas silvestres, con sus flores de aspecto de candiles y de abejas; mientras que en los riciales lucían las amapolas y los jaramagos, formando las bandas de rojo, verde y amarillo.

Cruzó el arenal de la rambla, entre las lujuriantes adelfas y los rosales silvestres, y llegó a la tapia de Montano, la única finca cultivada como jardín de todo el contorno.

Estaba materialmente llena de claveles. Se apeó de la jaca, sacó la faca que llevaba entre la faja y comenzó a cortar flores, sin hacer caso de los perros, que ladraban desaforadamente, transmitiendo el aviso de su presencia a los cortijos cercanos, cuyos perros ladraban también, en respuesta.

Cuando tuvo un brazado grande de flores sacó del bolsillo de la chaqueta un listón y las amarró fuertemente. Satisfecho de su robo volvió a montar y emprendió a todo galope el camino del cortijo del Monje. Se sumió de nuevo en la hondonada triste, entre las laderas florecidas de tomillos y cantuesos y se dirigió al cortijo. Al llegar al aljibe se apeó y dejó la jaca amarrada de una de las argollas cercanas al pilón.

Avanzó a pie en dirección al cortijo, donde lo recibieron los perros con caricias, como a un buen amigo.

Se orientó un momento, y llegó al pie de la ventanilla de Pura. Estaba abierta y sobre ella se veía el gran puchero de barro que servía de búcaro al ramo de claveles, ya marchitos.

Él llegó, se empinó, tomó el puchero, quitó el ramo y puso en su lugar el que traía.

Sin duda, Pura no dormía. Oyó el crujir de la cama bajo el peso del cuerpo, el ruido de levantarse, y sintió cerca de él, en la ventana, a la que había llegado descalza, la voz de Pura, que preguntaba con más ansiedad que miedo:

-¿Quién está ahí?

Era ella... Allí, cerca, blanca y desnuda, como había saltado del lecho. Se sintió sobrecogido de una angustia sin nombre.

La voz de la joven susurró de nuevo:

-¿Quién está ahí? ¿Antonio?

Aquel nombre, en aquel momento, le produjo el efecto de un latigazo en la cara, y amparándose en la sombra huyó como un forajido hacia el aljibe para buscar su jaca.

Entretanto, Pura, con la ventana abierta, bebía con todo su ser aquella fragancia renovada de los claveles.

Había visto y conocido a José, o mejor, lo había adivinado. Era él quien le llevaba las flores. Ahora los claveles tenían un nombre, un rostro, un aliento. No era Antonio el que la hacía temblar de amor, era José el que la envolvía en su caricia con aquel perfume penetrante como un puñal que penetraba en su carne.

V

DOBLE PASIÓN

Había llegado al fin el día de la boda. En un ángulo de la gran cocina estaban preparados los aparejos nuevos para enjaezar las bestias y las *sobremantas* delanteras y almohadones con que se habían de adornar.

Las mulas en que cabalgarían Pura y la comadre debían llevar sille-tas, altas como un castillete, recubiertas de bordados. Era preciso que se distinguieran en toda la cabalgata, que había de ser numerosa, según las comitivas anunciadas que vendrían para unirse a ella de los lugares cercanos.

La tía Antonia se quedaba con Rosa y Encarnación para preparar el banquete, y Cándida e Isabel acompañaban a su prima.

A pesar de las tareas de prepararlo todo, lo que más preocupaba a las muchachas era su atavío. Cuando llegaron Antonio y José encontraron a Isabel, Cándida y Encarnación ante una lumbrarada de abulagas, que habían encendido cerca de la puerta para depilarse denodadamente los vellos indiscretos.

-¿Qué diablos hacéis? -preguntó Antonio.

-¿No lo ves? Nos quitamos el vello de los brazos.

-Voy a llevar un vestido blanco, sin mangas -dijo Cándida.

-Yo uno de vuela, color de aceite -añadió Encarnación.

-No queremos estar feas y peludas -concluyó Isabel.

-¡Pero os vais a asar!

-No hay miedo.

-Es que huele a carne chamuscada. Por cierto que debe ser Cándida la que se quema, porque el olor es a carne morena.

-¡Qué gracia! Como si no fuera igual...

-No lo creáis. La carne morena huele de otro modo.

-Si lo dices por burlarte, no me importa -dijo algo enfadada Cándida-. A mí me gusta ser morena: "Lo moreno lo hizo Dios y lo blanco lo hizo un platero".

Las tres muchachas reían, haciendo resaltar las líneas de luz de los dientes, iguales y blancos, sobre sus rostros juveniles.

-No te enfades -dijo Antonio-. Mira que éstas se alegran de verte pica-da.

-Todo el mundo se alegra del mal ajeno -respondió Cándida.

-No, mujer; tanto como eso, no... -dijo José-; alegrarse es demasiado, pero la verdad es que cuando le pasa algo desagradable a los demás no se puede evitar sentir por dentro *cierto fresquillo* de satisfacción.

Antonio había entrado a la casa en busca de Pura, y el futuro suegro, que había comenzado a hacer uso del aguardiente, se preparaba a con-vidarlo, y preguntaba:

-¿Dónde se ha metido Joseíyo?

-Con las muchachas. Está siempre como Periquillo entre ellas.

José se apresuró a presentarse, y por más que quiso disimular, sus ojos buscaron a Pura. Ella lo miró un momento y los dos temblaron.

-¡Qué hermosa! -pensó él.

-¡Qué guapo! -se dijo ella.

Estaba en verdad interesante el muchacho, en contraste con el novio.

No muy alto, bien proporcionado, de un moreno rubianco, como tos-tado y trigal; con el cabello rizado y los ojos pardos, grandes y dulces, tenía una expresión franca y risueña que atraía.

Toda la tarde estuvo locuaz, excesivamente nervioso, causando la risa de cuantos lo oían con sus graciosas salidas.

-A ver cuándo te casas tú, que ya te llama la iglesia -dijo la tía Antonia.

-Yo no quiero hacer desgraciada a nadie -respondió él-. Tengo un carácter inquieto. Seguramente le daría disgustos a mi mujer.

-Eso es que no te has enamorado de veras.

-¡Quizá! Para yo enamorarme se necesitaría una cosa muy grande, muy extraordinaria y que me pillara de sopetón, sin lugar a pensarlo.

-Tienes razón, muchacho -dijo Frasco Cruz-. El casarse tiene que ser como el que se tira al baño: de cabeza...

Pura se conservaba seria, indiferente, excesivamente fría; pero a nadie llamaba la atención su actitud por el comedimiento a que obliga el exagerado recato campesino en víspera de boda.

Ella misma no sabía lo que le pasaba. Sentía abrasarse sus entrañas en una ansiedad desconocida. Todo su ser de virgen se estremecía de pasión no sentida, que despertaba con la boda, pero no para el novio: hubiera dado la vida entera por estrechar contra su pecho a José. Era como un suplicio tener cerca a Antonio. Se estremecía de repulsión al más leve contacto suyo, como si todo su ser protestara. Se sentía morir de angustia al pensar en que iba a pertenecerle; y aquel odio y aquella pasión nacían en la víspera de la boda como un producto de la sensualidad que la preparación del casamiento y la entrega de la virgen al hombre había puesto en el ambiente.

-Quizá el perfume de los claveles estaba embrujado -pensaba con miedo- o me ha dado algo para que lo quiera. ¡El olor de esos claveles ha sido para mí como una puñalada!

El regalo de aquellas flores había sido la confesión del amor de José. Pero ¿por qué no se lo había dicho antes? ¿Por qué había dejado que llegara aquel momento inevitable que dentro de algunas horas la haría esposa de Antonio?

Por fortuna se suprimió la velada aquella noche, y al acabar de comer cada uno se fue a acostar. Era preciso salir a las cuatro de la mañana. Había que levantarse lo menos a las dos y tener a las bestias bien pensadas. Hubo sus bromas consiguientes respecto al sueño de los novios y a que las otras parejas no podrían dormir de envidia, ni las muchachas descansar pensando en adornarse para ir hechas un brazo de mar con sus galas y sus flores.

Pero a pesar de las bromas casi todos los hombres no tardaron en dormirse. Se oían los ronquidos de Antonio, que había abusado un poco del peleón y del aguardiente del suegro.

Poco antes de las doce se levantó José.

-¿Dónde vas? -preguntó entre sueños Antonio, que dormía en la cabecera de al lado.

-A dar el pienso a las bestias -respondió él.

-Iré contigo...

-No haces falta. Descansa.

-Gracias. ¡Voy a necesitar bien las fuerzas!

La torpe alusión encendió la ira de José.

Salió de la casa, fue a la cuadra, y en lugar de dar pienso a su caballo lo aparejó.

-Es mejor que me vaya -se decía furioso-. No podré soportar ver que este animal se lleva a Pura. ¡Y pensar que soy yo, yo solo, quien se la ha entregado, por mi cobardía y mi idiotez!

Él había ido allí las primeras veces como amigo, y aunque reparó en la belleza de la muchacha, no había pensado nunca en ella, hasta aquella tarde en que hablaron con el buhonero. Cuando ella rechazó las rosas porque ya estaba presa, cuando se dio cuenta que se había corrido la primera amonestación. El eslabón primero de la cadena que la separaba de él. Se preguntaba por qué no se había ido ya; pero ni él mismo sabía cómo vivía desde entonces.

No podía dominar el impulso de buscar a Pura, de llevarle flores, de ir hacia ella, y luego sentía vergüenza de su doblez con el amigo, miedo de la repulsa de la muchacha, algo que le obligaba a huir y disimular.

Pero ahora se daba cuenta de que había contado demasiado con su fuerza. Tal vez porque acababa de recibir la certeza de que ella también lo quería. Su pericia de hombre le revelaba la pasión de la joven.

-¡Está tan loca por mí como yo por ella! -se decía-. Pero ¿qué hacer?

En su locura descartaba la amistad de Antonio. No valía ésta un sacrificio, y si lo tomaba a mal, de hombre a hombre no había gran diferencia. Si en eso hubiera consistido la posesión de Pura, se la hubiera disputado faca en mano.

Pero no era eso. Era algo que se había formado con los preparativos de la boda y que tenía tanta fuerza como la boda misma.

Tenía que huir desesperado. Precisamente salía el domingo barco de Almería para Orán. Todo era adelantar el viaje una semana. Caminando toda la noche podría llegar a tiempo.

Cuanto más lo pensaba veía que era lo mejor que podía hacer. Sentía los comentarios sólo por ella; pero no había otro remedio. Si seguía allí ocurriría una barbaridad. No podría ver que un hombre, fuese como fuese, ponía la mano sobre Pura. Sólo de pensarlo sentía impulso de matar.

-Me iré, me iré -decía con resolución desesperada-. Me iré; no volveré a verla. Me recomeré los hígados.

Y en el momento de irse lo invadía de nuevo el deseo loco de volverla a ver.

-¡La vez última!

Llevando el jaco de la brida se acercó a la ventana, que le pareció cerrada. Se detuvo indeciso y vio que sólo estaba entornada y que se abría de par en par.

-¡Pura!

-¡Joseíyo!

-¿Me esperabas?

-Sí.

El apremio de tiempo excluía toda coquetería y recato.

-¿Dónde vas?

-¡Muy lejos! Para no verte en poder de otro o para no matarlo.

-¡No te vayas, José! ¡No me dejes! -imploró la voz de ella-. ¡Me moriría de pena!

-¿Me quieres?

-¡Más que a mi vida!

-¿Y te vas a casar?

-¿Qué remedio me queda?

-Puedes decir *no* al pie del altar. Para eso pregunta el cura.

-¿Y si me falta valor? Es una cosa tan seria, delante de todos...

-Sí... ¡Pero piensa que no puedo vivir ya sin ti...!

-¡Ni yo quiero más que a ti en el mundo!

-¡Vente conmigo! -propuso él en una resolución súbita.

-¿Dónde?

-¡No sé...! ¡Lejos...! ¿Quieres?

-¡Yo! ¡No sé...! ¡No sé...!

-¡No hay tiempo que perder, Pura! Tenemos los minutos contados. Sí o no. ¡Para siempre!

-¡Voy contigo!

-¡Corre!

La joven hizo un gesto desesperado.

-Mi madre ha cerrado la puerta que da a la cocina.

Aquella previsión materna, celosa de la virginidad de su hija, que deseaba entregar al esposo *como Dios manda*, fue un nuevo aliciente a la pasión del joven.

-¿No hay otra salida? -preguntó con angustia.

-Tendría que atravesar el cuarto de mis primas.

-¡No te importe! ¡Ven! ¡Atrévete! ¡Que yo te tenga en mis brazos y no te quitarán de ellos!

Se inclinó ella, tomó los zapatos en la mano y echó a andar hacia el interior resueltamente.

Él, con la jaca de la brida, fue a colocarse frente a la puerta de la cuadra, un poco amedrentado de la proximidad del cementerio, como si creyese que allí había alguien que lo sabía todo y que velaba mientras los demás dormían. Fueron momentos crueles que le hacían sudar.

Al fin apareció Pura.

Sus brazos se enlazaron y un beso apasionado y largo selló los desposorios.

-No hay tiempo que perder.

La tomó a la grupa y espoleó la jaca.

Comenzaba a iniciarse en el cielo la luz del amanecer por el lado de oriente, mientras que las sombras se amontonaban al otro extremo.

La jaca corría como una flecha. Él sentía los hermosos brazos de la muchacha en un abrazo estrecho en torno de su cintura. Ella percibía el calor del cuerpo de José y la caricia de los cabellos que, perdido el sombrero, flotaban al viento.

Pasaron sin santiguarse y sin verlas ante las cruces del camino y, sin

mirar atrás, salieron del triste valle donde quedaba el cortijo unido al camposanto de los muertos como un cementerio de vivos. Tuvieron que cruzar una haza para no tropezarse en el camino con una de las alegres pandillas que venían para unirse a la cabalgata de boda. Sólo después de una hora de carrera se detuvieron para dar descanso a la jaca. Se sentían felices, como jamás hubieran podido serlo en una pasión serena y en una boda preparada.

Gozaban, sin saberlo, la voluptuosidad suprema de las uniones primitivas. La boda por raptó. Aquel deleite de los enamorados que en las tribus salvajes robaban a la esposa y escapaban con ella. Parecía más intenso así el placer de la conquista. Y la voluptuosidad de ellos era aún mayor, porque iba acompañada del peligro.

Era indudable que dentro de poco se habrían de dar cuenta en el cortijo de la falta de Pura, y cuando no encontrasen tampoco a José ni a su caballo tendrían la revelación de lo sucedido.

Aunque en el fondo todos sentirían *ese fresquillo interior* que suele causar a los envidiosos el mal ajeno, se dejarían llevar de la indignación contra los que quebrantaban las costumbres establecidas.

Disipadas las borracheras de Frasco Cruz y de Antonio, correrían en su busca, secundados por amigachos, servidores y parientes.

Si los encontraban en aquel país vengativo, la muerte del muchacho era cosa segura. No se podían detener; pero era preciso tratar con consideración al caballo para poder hacer aquella jornada.

José se apeó. Puso sobre la silla a Pura y volvió a emprender la marcha trotando él al lado de la cabalgadura.

Iba ella a cuerpo, con sus collares y alhajas puestas, vestida ya con las ropas de novia y lavada y perfumada, con esa impudicia con que las familias preparan la entrega de la hija. Sin duda todo aquello era lo que más se le había dado. La muchacha, excitada con sus preparativos de boda, viéndose hermosa ante el espejo, había oído el llamamiento de la Naturaleza que la inclinaba hacia el hombre joven, fuerte y hermoso, y le hacía huir del que le estaba destinado. Era una eclosión de juventud, de sensualidad suprema, la que los había envuelto.

Y los dos corrían hacia la dicha, embriagados en el perfume del amanecer y en los olores a jabón y a colonia que emanaban las ropas de la muchacha, mezclados con los efluvios de la carne morena y primaveral.

La clave de la pasión andaluza estaba en la sensualidad de los perfumes de su tierra.

La carrera hacía que el aire refrescase sus frentes y sus cabezas, que parecían ir a estallar, según les martilleaban las sienes.

A veces tenían que internarse a campo traviesa temerosos de encontrar algún conocido que denunciase su ruta; pero la hora temprana tenía ambos caminos desiertos. Sólo las alondras, cantando a la aurora, y la música del violín de los grillos, interrumpían el silencio.

Y avanzaban resistiendo el deseo inmenso de detenerse allí y no perder ni un instante de la pasión poderosa que los cegaba.

No podía haber ninguna pasión más intensa que la que sentía José robando del mismo pie del altar la mujer de su amigo. La misma mala acción, el peligro a que se exponía, lo extraordinario de la empresa, ponía en su aventura una nota épica, acre y áspera, que excitaba un extraño y fuerte sadismo.

Su sentimiento prendía en Pura y la iniciaba en la pasión desenfrenada y loca. Despiertos sus sentidos con el penetrante perfume de los claveles, obrando sobre sus nervios como una revelación.

No era raro en la comarca que un antiguo novio robase a la desposada en su boda, en el momento supremo de ir a perderla, y de que una boda preparada con alegría terminase con sangre. Encajaba dentro de las costumbres de aquel pueblo de clima meridional, de raza moruna y de temperamento sin desbastar.

Lo más raro y sin precedente era que su unión se había verificado al mismo tiempo que la revelación de su amor y que la primera confesión fuese unida a su primer beso. Tenía la embriaguez que causa el perfume que se aspira en los azahares o los jazmines en el momento de abrirse.

Necesitaban dominarse para retener el impulso de sus corazones ansiosos de latir unidos, pero era preciso apresurar aquella carrera, de la que dependía toda su vida.

Sólo respiraron al comprender que llevaban ya delantera bastante para poder escapar hacia otro continente, hacia la promesa de un vida nueva, olvidados de todo, cegados de luz, en una ingratitud suprema para el pasado y envueltos en la ola de aquella pasión duplicada por el triunfo sobre todos los convencionalismos y por el puñal afilado del aroma de los claveles.

